REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica | 1932 | Sábado 4 de Junio | Núm. 20

Año XIII. No. 588

SUMARIO

Goethe el libertador

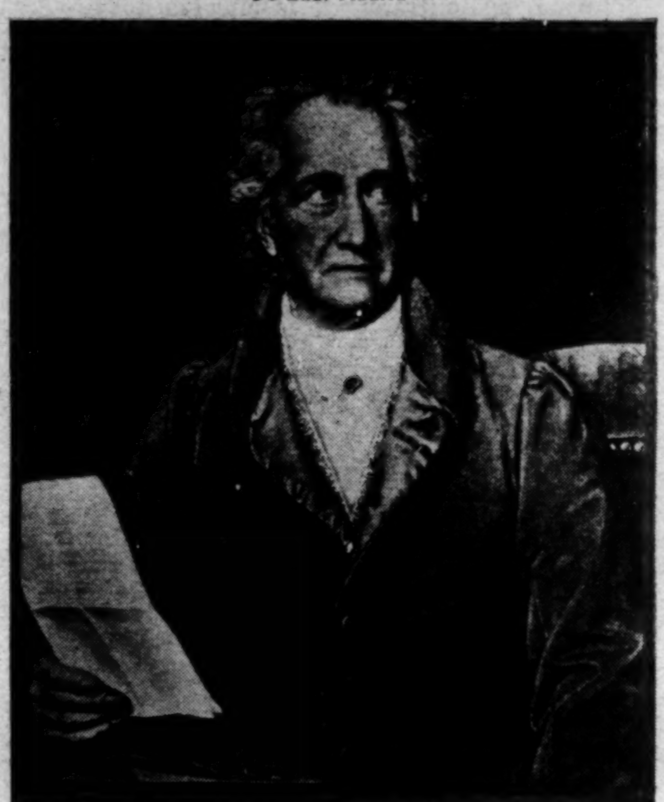
= De *Luz*. Madrid =

I

Goethe es un caso de conciencia para el europeo de nuestro tiempo. Si en una hora de áspera sinceridad consigo mismo se pregunta qué es, en definitiva, Goethe para él, se encuentra sorprendido con que lo ignora. No tiene con respecto a Goethe la conciencia limpia. Entonces se irrita contra esos cien años de abundosa filología goethiana que le sirve para tan poco. Al punto esta irritación abandona el caso singular que la ha provocado y dilatándose sobre toda una enorme provincia de la ciencia—filología, historia literaria, biografía —adquiere un sentido representativo. ¿Qué "ciencia" es esa que después de tan gigantescos trabajos, de tanto dinero. de tanta atención humana gastados en ella no nos deja nada suficiente entre las manos? ¿Es que se puede dilapidar en esa forma la maravillosa fuerza cósmica que es la "atención humana"? La historia del hombre es la historia de las migraciones de su atención. Dime a lo que atiendes y te diré quién eres. Los pueblos germánicos tienen en este orden una máxima responsabilidad porque les corresponde también la máxima gloria. Necesitan vigilar su prodigiosa laboriosidad, no vaya a resultar que es un vicio. La vida es quehacer. No se trata de que la vida se encuentre con quehaceres, sino que no consiste en otra cosa que en quehacer. La vida es lo que hay que hacer. Quien intenta eludir esta condición sustancial de la vida, recibe de ella el más horrible castigo: al querer no hacer nada se aburre, y entonces queda condenado al más cruel de los trabajos forzados, a "hacer tiempo". El **fainéant** es el que hace la nada—un horrendo suplicio dantesco. ¡Hasta tal punto es ineludible en la vida su imperativo de quehacer! Pero, al fin y al cabo, el ocioso no falsifica su vida: él no hará lo que **tiene** que hacer, pero no lo suplanta con ningún otro quehacer positivo. Fabrica con los angustiosos sudores de su aburrimiento el vacío de todo quehacer. Esto no es falsificar su vida. Es simplemente anularla; practicar suicidio blanco.

En cambio, el que hace algo, el que hace mucho, pero no precisamente lo que **hay** que hacer, ése sí falsifica su vida. Este es el vicio de la laboriosidad. El hombre que trabaja en cualquier cosa soborna su conciencia vital, la cual le susurra que **no** es cualquier cosa lo que debería hacer, sino algo muy determinado. Una vez que se ha consagrado con el nombre de "ciencia" cierta clase de ocupaciones rituales, muchos hombres se dedican a ella como al opio—para acallar la inquietud radical de su vida que, **sotto voce**—la voz de la vocación, —les exigiría un quehacer más intenso y dramático. No: "ciencia" no es cualquier cosa; es espumar del universo esencialidades (Wesentlichkeiten). Nuestra existencia **necesita** de éstas: por eso **tiene que hacer** ciencia. Y es posible que ésta requiera acumular datos, reunir informaciones, coleccionar documentos, etc., etc.; pero, bien entendido, toda esa labor sólo está justificada en la medida rigurosa que conduzca al hallazgo de esencialidades. Cuando la desproporción entre el trabajo empleado y este resultado, el único que justifica la ciencia, es excesiva —como pasa en la filología goethiana— entramos en la sospecha de que la "ciencia" es un vicio y nada más. Y me ocurre pensar que es más **honda** y **seriamente** humano sentarse a tomar el delicioso sol de enero, fumando cigarrillos y canturreando vagas canciones como **hace** el hombre de Sevilla. Tal vez Goethe me diera la razón en alguna de sus horas: en otras no, porque Goethe mismo, que sinceramente sólo estimaba "lo que fomenta a la vida", cuando no estaba contento de sí mismo intentaba tranquilizarse con la idea de la mera actividad, como si el trabajo por sí y no el sentido o dirección del trabajo fuese lo decisivo.

Como el teólogo analiza su Gotesbewusstsein, deberíamos hacer con nuestra Goethesbewusstsein. Entonces adverti-



Goethe — Cuadro de *Stieler*

Significación de Goethe

= De *La Vida Literaria*. Buenos Aires =

Hay en la historia, como en la geología, épocas de gigantes; y consistiendo la expresión humana de la vitalidad extremada así, en la belleza y el dominio, los hombres de esa talla moral suelen ser guerreros y artistas. Es lo que se vé, por ejemplo, desde que la civilización cristiana llega a la plenitud, en los siglos xiii, xvi y xix.

La potencia vital es en el hombre creación y conquista. Así, respectivamente, desde el engendro del hijo hasta la obra de arte, y desde la presa del cazador hasta la gloria del triunfo. Manifestación de amor es el arte, por la doble razón de que sólo amando se crea, y de que únicamente la vida engendra vida. ¿Y por qué llamamos creación a la obra de arte? Pues, porque realiza la belleza, cosa viviente sin motivo, como no sea el mismo de vivir, a diferencia de la certidumbre y de la verdad, que teniendo por fin la satisfación de la inteligencia, son resultados y no creaciones: vale decir demostración de postulados, coordinación de fenómenos y conformidad de la mente con el conocimiento. O en otros

(*Pasa a la página 310*)

ríamos que lo más importante y positivo que de Goethe poseemos es lo que nuestra intimidad halla ante sí en su primaria reacción al oír el nombre de Goethe. Este sonido que a nosotros llega revolando como evadido de unos libros, de unos retratos, de unos gestos, de unas anécdotas, todo lo cual resume, es el nombre de una promesa. El nombre Goethe nos promete que tras él hay un hombre que quiso ser él mismo. Por lo pronto no tenemos una idea muy clara de lo que significa eso de "ser sí mismo"; pero, no obstante, queramos o no, esa promesa nos incendia el alma, nos prepara a no sabemos qué soberanas voluptuosidades, las cuales son, a la par, una magnífica, ardiente y enérgica disciplina. En comparación con la evidente realidad que tiene esta promesa goethiana, todo lo demás es secundario y discutible. Es discutible que la obra y la vida de Goethe **cumplan** esa promesa. Es discutible que sea Goethe el hombre que primero o que más intensamente tenga derecho a significar esa promesa. Lo que no es discutible es que, con derecho o sin derecho, en el patrimonio de incitaciones que es el pasado europeo, aquella promesa va adscrita a la voz Goethe.

Y es el caso que en los últimos meses de su existencia este viejo mandarín toma un día su vida entera en la mano, como para sopesarla, para precisar sus quilates, para definir lo que en ella había habido de esencial. ¡Hora conmovedora en que esta alma convertida en alquitara de sus ochenta años vividos va a destilar de todas sus rosas y todos sus abrojos la sola gota simbólica! Y es curioso que entonces nos dice, no lo que esta vida ha sido para sí misma, sino lo que ha sido o puede ser para los demás, para nosotros, especialmente para los jóvenes alemanes, más especialmente para los jóvenes poetas de su tiempo. No nos desorienten estas especializaciones que tienen aquí sólo un valor de planos de perspectiva. La poesía es lo más inmediato a Goethe. Es el modo radical de su vida. Todos tenemos un modo radical hacia el que gravita el resto de nuestro ser, lo cual no quiere decir que sea él toda nuestra vida. Es el plano para nosotros más próximo sobre el que proyectamos todo lo demás y que, por lo mismo, se convierte para nosotros en idioma privado con que nos entendemos al hablar con nosotros mismos. El propio Goethe nos indica que no habla sólo de poesía ni sólo para jóvenes alemanes. Pongamos, pues, todos el oído atento, ya que, en rigor, se dirige a todos la palabra. ¿Qué pensaba Goethe haber sido para los demás? ¿Qué es lo que a sus ojos justifica en última instancia su existencia? "Yo no puedo considerarme como su maestro, pero sí puedo llamarme su libertador".

Al comentar esta expresión se ha omitido siempre subrayarla con un gran gesto de sorpresa. ¿Cómo—Goethe hablando de la libertad? Se ha debido hacer constar que siendo esta palabra, entre las pertenecientes al estrato superior del léxico, la que más veces se ha pronunciado en la época que inscribe su vida, Goethe la evitó constantemente. Además de las palabras que designan cosas materiales o espirituales, cada generación necesita unos cuantos vocablos donde alojar sus entusiasmos. Lo de menos es el significado concreto que accidentalmente poseen: lo esencial es que han sido elegidas para decir con ellas lo indecible, el radical fervor o el radical terror que constituyen en cada tiempo los resortes decisivos de la vida humana. Hacia 1800 las dos palabras místicas que al resonar estremecían los corazones occidentales eran éstos: "libertad", "electricidad". Leed los libros románticos alemanes y franceses y veréis cómo, de pronto, cuando menos se espera, cuando no sabe cómo calificar exquisitamente algo, el autor dirá que es "eléctrico". Volta, luego Faraday, habían puesto la mano sobre esta nueva forma, tan extraña, de la energía cósmica y las sacudidas que la pila de aquél producía las causaba, sin más, el simple vocablo "electricidad". Motivos de más honda raíz histórica concentraron en el vocablo "libertad" la máxima irradiación de potencia espiritual. Desde 1780 se llamó en Europa "libertad" todo lo que enardecía y entusiasmaba, como los griegos llamaron "Kalon" las cosas más dispares con tal que coincidiesen en su efecto alcohólico. El menestral de París moría tras la barricada gritando: "¡Libertad!", mientras en la cátedra de Jena, a pocos metros del castillo donde Goethe trabajaba, Fichte, desde el fondo de su alma espléndida, incandescente, frenética, gritaba: "¡Libertad!"... Y la verdad es que ambos—el menestral y el meditador—se referían con el mismo rumor a cosas nada parientes entre sí. Tal vez pueda asegurarse que lo que Fichte y Hegel insuflaban en la palabra libertad no tenía nada o muy poco que ver con lo que esta palabra significa usada con decoroso rigor verbal. Pues bien, mientras tanto, sólo Goethe rehusaba pronunciarla. Y he aquí que en esta hora final, casi ya desde la otra orilla de la vida, Goethe se vuelve hacia nosotros los vivientes para resumir su existencia desde el trasmundo y lo que nos dice es: "¡Libertad!" Luego, con su andar perpendicular, desaparece en el silencio absoluto...

Pero no podemos entretenernos en este punto, aunque es muy importante.

II

Al definirse como nuestro libertador Goethe anuncia y enuncia la promesa que para nosotros va a ser. No nos señala esta o la otra obra suya, este o el otro acto de su vida como lo definitivamente valioso, sino que conduce nuestra mirada al conjunto de todo eso y nos lo presenta extractado en la simple abreviatura de un movimiento liberador. Y es como si dijera: Yo he sido el que quiso libertarse y mi ejemplo os liberta a vosotros.

La libertad es un movimiento con su **terminus a quo** y su **terminus ad quem.** ¿De qué nos liberta Goethe y hacia qué? "Puedo llamarme su libertador—dice a los jóvenes—porque en mí han averiguado que como el hombre vive de dentro afuera, también el artista tiene que crear de dentro afuera, ya que, haga los gestos que haga, no podrá nunca dar a luz otra cosa que su propio individuo". La liberación de que se trata es, pues, la **liberación hacia sí mismo.** El **terminus a quo** es... lo **demás,** lo que no es el "sí mismo".

Este viejo mandarín me invita a evadirme de lo **demás** como de una prisión y a instalarme en mí mismo. No sabemos bien en qué consiste el "mí mismo". No importa: "ser sí mismo" nos representa la caricia más secreta y profunda, es como si acariciaran nuestra raíz. Es la promesa de la máxima voluptuosidad. Recordad los versos más citados de Goethe: "Suma dicha de las criaturas sólo es la Personalidad" (el ser sí mismo). Como Nijinsky en "Scherazade", sin precaución alguna, apenas abierta la puerta de la prisión damos el enorme brinco hacia la delicia de ser sí mismo. Vamos a palpar temblando de placer las morbideces del yo. Pero... ¿dónde está? Lo buscamos en torno y no lo hallamos. Penetramos en nuestro interior seguros de encontrarlo. **In interiore homine habitat veritas**—había dicho Agustín. Nos imaginamos nuestro interior como un recinto, una cámara hermética y limitada donde no puede perderse nuestro yo, escabullirse, fugarse. Allí no habrá escape: podremos echarle a nuestro Yo la mano al cuello, como hace el policía con el ladrón acorralado. Y en efecto, nuestra intimidad tiene sus cuatro paredes bastante definidas. Lo problemático es el fondo, **nuestro** fondo. Nos preguntamos: ¿creo yo **en el fondo** eso que aparezco creyendo—en política, en arte, en ciencia, en amor? Porque el "mí mismo" consistirá en lo que yo sea en el fondo. Y empiezo a levantar los suelos de mi intimidad como un arqueólogo que busca bajo la gracia del paisaje visible, la Troya auténtica, la Troya de Príamo y Eneas. ¡Vano empeño! Las capas geológicas de mi **fondo** se suceden unas bajo otras, con su fauna variada, suave o atroz. Yo no soy últimamente éste, ni este de más abajo. Son falsos yos que me han colonizado, que han venido de fuera: ideas recibidas, preferencias que el contorno me ha impuesto, sentimientos de contagio, personalidades mías que en todo momento puedo revocar, sustituir, modificar. Y yo, incitado por Goethe a esta excursión vertical, busco mi yo **mismo,** no un yo cualquiera: un yo necesario, irrevocable. ¿No es este exasperado afán por hacer pie en la tierra firme, en la autoctonía de sí mismo lo que moviliza todas las grandes figuras de Goethe? Werther, demasiado sensible, demasiado débil, demasiado "eléctrico", desespera de encontrarse. ¿Suicidio? No. Werther dispara la pistola sobre el enamorado de Carlota como sobre un transeunte. Era uno de sus yos que pasaba por delante de su auténtico yo y le interceptaba la comunicación con éste. La prueba de ello es que si la herida no hubiese sido mortal podíamos imaginar toda una biografía de Werther más allá de su suicidio

—la de Goethe. Wolfgang deja entre las garras de la pasión ciega el frac azul, como una camisa de serpiente, y él se escurre, se liberta, más allá, nadando hacia la costa de sí mismo.

Nuestro fondo es más abismático de lo que suponíamos. Por eso no hay medio de capturar nuestro "yo mismo" en la intimidad. Se escapa por escotillón, como Mefistófeles en el teatro. Goethe nos propone otro método que es el verdadero. En vez de ponernos a contemplar nuestro interior salgamos fuera. La vida es precisamente un inexorable ¡afuera!, un incesante salir de sí al universo. Si yo pudiese vivir dentro de mí faltaría a lo que llamamos vida su atributo esencial: tener que sostenerse en un elemento antagónico, en el contorno, en las circunstancias. Esta es la diferencia entre Dios y nosotros. El está dentro de sí, flota en sí mismo: lo que le rorea no es diferente de lo que él es. Esto no es vida— es beatitud, felicidad. Dios se da el gusto de **ser** sí mismo. Pero la vida humana es precisamente la lucha, el esfuerzo, siempre más o menos fallido, para ser sí mismo. En rigor, para Dios no hay un dentro ni un fuera: porque no vive. La contraposición surge en el caso del hombre: es él un dentro que tiene que convertirse en un fuera. En este sentido la vida es constitutivamente acción y quehacer. El **dentro**, el "mí mismo", no es una cosa espiritual frente a las cosas corporales del contorno. La **psique** no es sino un cuasi-cuerpo, un cuerpo fluído o espectral. Cuando miro, de espaldas al contorno físico, esa supuesta intimidad mía, lo que hallo es mi paisaje psíquico, pero no mi yo. Este no es una cosa—sino un programa de quehaceres, una norma y perfil de conducta. Por eso, en el mismo trozo casi de ultratumba que ahora comentamos, explica Goethe su acto libertador del sí mismo, diciendo: "Ahora ya no tenéis una norma (se entiende, recibida), ahora tenéis que dárosla a vosotros mismos".

Ahora se comprende por qué el yo resulta inaccesible cuando lo buscamos. Buscar es una operación contemplativa, intelectual. Sólo se contemplan, se ven, se buscan cosas. Pero la norma surge en la acción. En el choque enérgico con el fuera brota clara la voz del dentro, como programa de conducta. Un programa que se realiza es un dentro que se hace un fuera.

En el estudio **Pidiendo un "Goethe desde dentro"**, que publicará en el próximo número la **Revista de Occidente**, he desarrollado un poco más este tema del yo auténtico como programa vital y vocación.

Goethe no fué "idealista" a pesar de haber vivido en el foco mismo del idealismo. El idealismo es aquel movimiento que empieza resueltamente con Descartes y que lleva al hombre a encerrarse dentro de sí. Su forma extrema es la mónada de Leibnitz, que no tiene ventanas, que excluye el fuera. La mónada "vive" sumergida en su propio elemento. ¿Sería por esto por lo que Leibnitz dice de ella que es un **petit Dieu?** Es lástima que Goethe no poseyera don filosófico. Sus ideas suelen desvirtuar su intuición. Vivamos de su promesa—oprimamos el contorno con el perfil secreto y programático de nuestro "yo mismo".

José Ortega y Gasset

La nacionalización del arte de la pantalla

Un negocio de infinitas posibilidades educativas

= De *El Tiempo*. Bogotá =

El cine es uno de los lujos del pobre. Quienes lograron abaratar ese invento hasta hacerlo accesible a todas las fortunas crearon sin saberlo un gran elemento de tranquilidad social. De un lado apartaron al hombre sin fortuna de la taberna, del garito, de la calle fría y silenciosa instigadora del delito. De otro lado le suministraron por unos pocos centavos la sensación para él desconocida de la comodidad y el lujo. Se sentaban en sillas mejores que las de su casa y en vez de paredes grises y desiertas manchadas de hollín o cubiertas de telas de araña veía columnas blancas y doradas, muros adornados con elegancia o sin gusto, y cerca de sí a las notabilidades del día cuyas efigies plácidas había contemplado en los diarios de la mañana y de la tarde. Podía enamorarse de las estrellas como los señoritos perfumados que hablaban a su lado de asuntos indiferentes y matarse por ellas. De esta manera desaparecía en su ánimo el sentimiento rencoroso de la desigualdad y de la injusticia sociales. Se creía por instantes igual a los mejores.

Los actuales explotadores de la ciencia y arte de la pantalla en Bogotá dicen que van a abrir sus salones forzados por la competencia, en la seguridad de que el negocio es ruinoso. El distrito o sus apoderados afirman que es imposible hacer rebaja en los impuestos. Los distribuidores de películas sonríen. Como agentes de personas que se han organizado lejos de aquí en un género de monopolio, saben que la disputa acabará siempre en su favor.

Se trata de un negocio lícito de infinitas posibilidades educativas. Los departamentos, comenzando por el más devoto de todos ellos, han nacionalizado la explotación de la embriaguez con fastuosos resultados... fiscales. El estado pequeño compra la panela, hace el mosto, destila el alcohol, lo condimenta, lo endulza, lo vende al por mayor, tiene lugares de expendio al por menor, lo anuncia clamorosamente, instituye regocijos públicos a la manera de Ferrara y Venecia en el Renacimiento para aumentar el consumo del licor y ensancha los establecimientos de castigo para reprimir el delito de la embriaguez.

El cine es una diversión honesta, de la cual puede hacerse uso con grande amplitud para educar al pueblo. Ningún estado ha debido consentir en que la iniciativa particular se apoderase de ese formidable instrumento de cultura e hiciera de él únicamente un objeto de explotación. El autor de estas líneas ha abogado antes de ahora, en otros órganos de publicidad, por la nacionalización del arte de la pantalla. Si el distrito distribuye el agua y la luz; si ha tomado a su cargo los transportes urbanos, debe estudiar en esta propicia coyuntura sus capacidades para explotar el arte cinematográfico en beneficio de sus arcas, del gusto popular y de la educación de las gentes. Se dirá sin duda, no sin hacer la señal de la cruz, que los soviets nacionalizaron el cine. Se puede en tal caso argüir que nacionalizaron también el vodka.

B. Sanín Cano

El Fragmento de Roncesvalles

= De *Nosotros*, Buenos Aires =

¡Cuántos tesoros literarios perdidos! ¡Cuántas sinfonías de pensamiento y musical palabra errantes bajo las aguas inasibles de los siglos! ¡Cuán bellos y cuán buenos los esfuerzos de quienes van de exploración a la recuesta de los desaparecidos o ignorados monumentos de las civilizaciones idas o incipientes! Que con tales reflexiones he cerrado muchas veces lo mismo los libros de arqueología que los de historia de las literaturas antiguas; palabras con que dejo desplegadas aquí, ante mis ojos, sobre mi mesa, las dos ediciones que conozco de este arcaico Fragmento de Roncesvalles.

El ha quedado desprendido quién sabe por cuál maravilla del gusto literario de un hombre, del poema que constituyó la traslación española de aquella leyenda narrada con tanta ufanía en la **Canción de Rolando.** Son cien versos no más de este Fragmento. Pero galopan como cien corceles ricamente enjaezados, y sobre los cuales cabalgan las sombras caballerescas de los héroes de Roncesvalles.

Una vasta ciudad muerta renacería a la vida el día en que se desenterrase la integridad sonora del poema a que pertenece tal fragmento épico, de un tan eximio valor. Aun en la estrechez de este recinto donde se levantan esos cien pilares de jaspe, ya se oyen un sollozar de duelo, un ritmo suspirado de angustia y de gloria.

Aquí está Roncesvalles, a más de mil metros de altura, entre los desfiladeros pirenaicos, en provincia de Navarra y a pocos kilómetros de la frontera francesa. Aquí está Roncesvalles. Entre estas montañas el olifante de Roldán repercutió su largo llamado de angustia cuando tan sólo sesenta caballeros le quedaban; aquí se oyó la voz del cuerno por la postrimera vez. Hay como un rumor de fuga de gente sarracena. Luego el pavoroso silencio del valle estrecho entre los altos montes, la solemnidad imponente de la muerte de los héroes. Finalmente, la vuelta del emperador Carlos el Magno. Ante sus ojos, que el dolor tiene arrasados en lágrimas, se tiende aquel manto de héroes yacentes sobre la púrpura de su sangre y de su gloria.

Y en este instante vibran las primeras palabras del Fragmento. Aquí ha reconocido "Carlos el emperante" el cuerpo del arzobispo Turpín. Se halla en la vecindad de una fuente este que, bueno "para las armas, fué mejor para ante Jesucristo" porque Roldán, luego que le hubo vendado las heridas con la seda del desgarrado sobretodo, con tierno abrazo le depositó en el suelo y le pidió su venia para traerle los compañeros muertos. Y cuando juntos están los más de ellos, el noble arzobispo, bendiciendo pronuncia aquella palabras tan llenas de unción y de esperanza en los versos de la **Canción de Rolando:** "Que el Dios de gloria reciba vuestras almas y las ponga entre las santas flores del paraíso". Y vuela Roldán en busca del más amado de los compañeros, de Oliveros el incomparable "para romper lanzas y perforar escudos". Lo trae junto a los otros caballeros, y entonces, conmovido Roldán en presencia de tanto dolor, se enternece y llora. Es otro Aquiles ante el cadáver de Patroclo. Sólo que ahora el enemigo sarraceno ha partido y no hay ya contra quien descargar la cólera que sucederá al llanto. Viéndole en tal desmayo el Arzobispo, trémulo, toma el olifante para ir a traer un poco de agua de la fuente que atraviesa el valle de Roncesvalles. Su paso lento se hace vacilante, tanta es la sangre que el batallador arzobispo ha perdido. Fáltale el corazón y cae de bruces. Es la agonía mortal. Vuelve el rostro al cielo el noble señor, "el representante de Dios", y con las manos juntas confiesa sus pecados y ruega a Dios le conceda el paraíso. Muere. Rolando, vuelto en sí, le busca y mirándole muerto, le cruza sobre el pecho las bellas manos blancas.

Así es como le encuentra "Carlos el enperante", quien ordena sacarle de entre los cadáveres para hacerle conducir a Flandes, su patria. ¿Quién en adelante aconsejará a "este viejo mezquino" que se queda ahora entre cuidados y peligros?

De tan amargas reflexiones distráele la emoción que se apodera de su alma en presencia del cadáver de Oliveros. Aquí yace el noble barón con el escudo quebrantado por enmedio de la abrazadera; no hay en su piel, sin heridas, la extensión de un florín de oro. Su rostro mira hacia Oriente, como lo dejó Roldán. Esa herida que le tiene abierto el pecho la recibió por la espalda. Pero el osado califa que le infirió el golpe, conoció sobre su casco la firmeza de Altaclara, cuyo filo ha hendido las flores de oro y las pedrerías del casco al acabar con la vida del pagano. Y sintiéndose morir, en alta voz llama a Roldán, porque en esa hora van a separarse para siempre. Tanta sangre ha perdido el barón que su vista se turba, y en su extravío, al sentir la presencia de alguien cerca de sí, da sobre Roldán un golpe que le hiende el casco "ornado de oro y de pedrerías", hasta la visera, sin herirle la cabeza. Roldán, al sentir el golpe, le pregunta dulcemente y con ternura: "¿De intento los has hecho, compañero? ¡Tú no me has desafiado en manera alguna!". — "¡Oh! ya te oigo ha-

Fragmento de Roncesvalles

....

raçonóse con ella, como si fuese bivo:
«Bueno porą las armas, mejor pora ante Jesuchristo,
»consejador de pecadores e dar... tanto... da...
»el cuerpo priso martirio porque le... dino
»¿Mas quien aconseyará este viejo mesquino,
»que finca en grant cuita con moros en periglo!»

Aquí clamó sus escuderos Carlos el enperante:
«¡Sacat al arçebispo desta mortaldade!
»Levémosle a su tierra a Flanderes la ciudade.»
El enperador andava catando por la mortaldade;
vido en la plaça Oliveros o yaze,
el escudo crebantado por medio del braçale;
non vio sano en éll quanto un dinero cabe;
tornado yaze a orient, como lo puso Roldáne.
El buen enperador mandó la cabeça alçare
que la limpiasen la cara del polvo e de la saugre.
Como si fuese bivo, començólo de preguntare:
«Digádesme, don Oliveros, cavallero naturale,
»¿dó dexastes a Roldán?, digádesme la verdade.
»Quando vos fiz companneros diéstesme tal omenaje
»por que nunca en vuestra vida non fuésedes partidos máes.
»Dizímelo, don Oliveros, ¿do lo iré buscare?
»Yo demandava por don Roldán a la priesa tan grande.
»¡Ya mi sobrino, dónt vos iré buscare?»
Vio un colpe que fizo don Roldáne:
«Esto fizo con cueyta con grant dolor que aviáe.»
Estonz alçó los ojos, cató cabo adelante,
vido a don Roldán acostado a un pilare,
como se acostó a la ora de finare.
El rey quando lo vido, oit lo que faze,
arriba alçó las manos, por las barbas tirare,
por las barbas floridas bermeja sallia la sangre;
essa ora el buen rey oít lo que diráde,
diz: «¡Muerto es mio sobrino, el buen de don Roldáne!
»Aquí veo atal cosa, que nunca vi tan grande;
»yo era pora morir, e vos pora escapare.
»Tanto buen amigo vos me soliádes ganare;
»por vuestra amor arriba muchos me solían amare;
»pues vos sodes muerto, sobrino, buscar me an todo male.
»Asaz veo una cosa que sé que es verdade:
»que la vuestra alma bien sé que es buen logare;
»mas atal viejo mezquino, ¿agora qué faráde?
»¡Oí é perdido esfuerço con que solía ganare.
»Ai, mi sobrino, non me queredes fablare!
»Non veo colpe nin lançada por que oviesedes male
»por esso non vos creo que muerto sodes, don Roldáne.
»Dexámosvos a çaga donde prisiestes male;
»las mesnadas e los pares anbos van alláe
»con vos, e amigo, por amor de a vos guardare!
»Sobrino, ¿por esso non me queredes fablare?
»Pues vos sodes muerto, Françia poco vale.
»Mio sobrino, ante que finásedes era yo pora morir máes.
»Atal viejo meçquino, ¿qui lo conseyaráde?

(*Pasa a la página siguiente*)

blar" — dice Oliveros — "sin embargo no te veo. Me bastará con que te vea Dios. ¿Te herí acaso? ¡Perdóname!".— "Nada me hiciste" — le replica Roldán. —"Aquí y ante Dios te perdono". Inclínase el uno contra el otro. Es en silencio su tierno, último adiós. Desciende de su caballo, acuéstase en tierra, pide a Dios que le dé el paraíso, que bendiga al Rey Carlos y a "la dulce Francia", y ruega por Roldán sobre todos los hombres. Reclina finalmente la cabeza y muere. Roldán se lamenta: "Pues que tú has muerto, será todo mi dolor vivir". El Emperador le encuentra "tornado a Oriente como le puso Roldán". Manda Carlos que le alcen, le limpien el rostro todo cubierto "del polvo e de la sangre".

Y le habló el Emperador como si aquel guerrero estuviese vivo. Pregúntale por Roldán y le trae a la memoria que cuando a juntos les armó caballeros, juntos juraron no separarse más en la vida. Diciendo esto, mira un tajo hecho en la vecindad por la espada de Roldán y allí cerca encuentra a su sobrino, en el sitio que él para morir escogiera. Mesóse el rey las barbas. "Por las barbas floridas, bermeja salía la sangre".

Es bella y noble la muerte de Roldán. Su actitud, ahora, tendido sobre las yerbas y flores que ha empurpurado su sangre, mirando a España "para acabar como un conquistador", con aquella sumisa arrogancia con que al exhalar su adios a la "dulce Francia", en son de feudal vasallaje, arrojándolo al cielo, pone en las manos de Dios su guante, es de heroica y conmovedora grandeza.

El Emperador se deshace en quejas. En ellas hay cierto paralelismo con las de la **Canción de Rolando.** Pero el poeta español ha encontrado un verso que resume los pensamientos del Emperador: "Pues vos sodes muerto, Francia poco vale". El viejo gobernante no sabe qué hará; ha perdido con su sobrino el consejero y el defensor de su honra y de su imperio. Duélese de haberle traído a España, de haberle dejado en la retaguardia. Luego hace recuerdos: cuenta cómo salió de Francia para ir a Toledo "a servir al rey Galafre"; cómo, dando muerte al moro Braymante, ganó la espada Durandarte que, con mandato de no entregar a nadie, puso en manos de Roldán. Hace memoria de las conquistas realizadas con el esfuerzo del brazo de su sobrino: la Turquía, Roma y cómo entró en España en persecución de los moros hasta el fracaso de Zaragoza. Y desfallece el Emperador considerando su presente estado.

El poeta nos lleva a la visión del duque Aymón, padre de don Rinaldos. Le hace repetir ante el cadáver de su hijo las palabras del Emperador, introduciendo, sin embargo, el recuerdo del desafío entre Roldán y Rinaldos, el recuerdo de su madre en las tierras de Montalbán. Y en tanto que de su mal se dolía, le vienen con el mensaje de que se halla desfallecido el Emperador. Hacia él se dirige con el duque de Bretaña y el caballero Belart. Al mirar a su señor sin sentido toman agua fría, y "al rey con ella le daban". Y con ese rasgo de ternura y de lealtad, profundamente humano, concluye ese fragmento que me deja la impresión de un ventanal historiado en un lienzo del muro que cerró una antigua catedral desaparecida.

El fragmento, como se ve, comprende la conmovedora escena de la vuelta del Emperador al campo de Roncesvalles en donde yace muerta la flor de Francia. Según la **Canción de Rolando** da con éste desde el primer instante. Ante su cadáver el Emperador da principio y pone término a sus lamentaciones. En el **Fragmento,** el poeta ha concebido una gradación de dolor de naturalidad intensamente humana. El poema castellano que nos queda se abre con las palabras que al arzobispo Turpín, como si estuviese vivo, dirige "Carlos el enperante", quien aparece con la noble majestad del rey creyente y necesitado de consejo. Crece su dolor a la vista del cadáver de aquel cortesanísimo Oliveros que fué siempre "caballero natural", como dice el **Fragmento** para elogiar aquella no igualada gentileza que le venía del alma y no de la mera frecuentación de la corte. Cuando el rey descubre el cuerpo de su sobrino Roldán, los lamentos se mezclan con las alabanzas de una oración fúnebre, como se funden en las lágrimas las quejas en el adiós final de un ser amado. Es ésta como la culminación del lamento de Roncesvalles que concluye cuando "cayó esmortecido" el Emperador.

En todo este pasaje que abarca la mitad del fragmento es de admirar la misma sobriedad que tanto se ha estimado en la **Canción de Rolando.** Pero precisamente se la siente aquí con mayor realce a causa de esa misma gradación que no existe en el poema francés.

A continuación el poeta proyecta un como reflejo de ese dolor imperial sobre el duelo del duque de Aymón llorando la muerte de su hijo don Rinaldos, el Rinaldos del **Romancero** caballeresco.

Como en la **Canción de Rolando** en este **Fragmento de Roncesvalles** la figura central es "Carlos el enperante". Aquí aparece con idéntica majestad, humanizada por el dolor, por el claro presentimiento de que el respeto que había venido inspirando a los pueblos vencidos iba a comenzar su menguante, ahora, con la muerte de sus doce pares, con la muerte de aquel caballero natural Oliveros, con la muerte de Roldán: "pues vos sodes muerto, sobrino, buscar me an todo male". "Oi e perdido esfuerco con que solía ganare". Con el caudal de su dolor y sus lamentos fluye larga vena de melancolía: ha perdido sus consejeros, se han derrumbado las murallas y las torres que defendían su imperio. Y su ruego se levanta al Señor,

---

FRAGMENTO...

(*Viene de la página anterior*)

»Quando fui mançebo de la primera edade,
»quis andar ganar preçio de Françia, de mi tierra natural;
»fuime a Toledo a servir al rey Galafre
»que ganase a Durandarte large;
»ganéla de moros quando maté a Braymante,
»dila a vos, sobrino, con tal omenage
»que con vuestras manos non la diésedes a nadi;
»¡saquéla de moros, vos tornastesla alláe.
»¡Dios vos perdone, que non podiestes máes!
«Con vuestra rencura el coraçón me quiere crebare.
»Sallíme de Françia a tierras estrannas morare
»por conquerir proveza e demandar linaje;
»acabé a Galiana, a la muger leale.
»Naçiestes, mi sobrino; a diezesiete annos de edade,
»fizvos cavallero a un precio tan grande.
»Metím al camino, pasé ata la mare,
»pasé Jerusalem, fasta la fuent Jordane;
»corriémos las tierras della e della parte.

»Con vos conquís Truquía e Roma a priessa dava.
»Con vuestro esfuerço arriba entramos en Espanna,
»matastes los moros e las tierras ganávas,
»adobé los caminos del apostol Santiague;
»non conquís a Çaragoça, ont me ferió tal lançada.

»¡Con tal duelo estó, sobrino, agora non fués bivo!
»Agora ploguiés al Criador, a mi sennor Jesuchristo,
»que finase en este logar, que me levase contigo!
»d'aquestos muertos que aquí tengo conmigo
»dizir me ias las nuevas, cada uno cómo fizo.»
El rey quando esto dixo, cayó esmortecido.

Dexemos al rey Karlos fablemos de ale,
digamos del duc Aymón, padre de don Rinalte.
Vido yacer su fijo entre las mortaldades;
despennós del cavallo, tan grant duelo que faze,
alçóli la cabeça, odredes lo que diráde:
[«Fijo, vuestras mannas, ¿qui las podriá contare?]
»que cuerpo tan caboso omen non vió otro tale.
»¡Vos fuérades pora bivir, e yo pora morir máes!
»Mas atal viejo mezquino siempre avrá male.
»Por que más me conuerto por que perdoneste a Roldáne.
»¡Finastes sobre moros, vuestra alma es en buen logare!
»¿Quí levará los mandados a vuestra madre a las tierras de [Montalbane?»
El duc faziendo su duelo muyt grande,
ventiáli el mandado que yazié esmortecido el emperante.
Mandó sacar el fijo de entre las mortaldades.

Veniá el duc Aymón, e ese duc de Bretanna
e el caballero Belart, el fi de Terrín d'Ardanna;
vidieron al rey esmortecido do estava,
prenden agua fría, al rei con ella davan.
....

Según la edición crítica del señor Menéndez Pidal, publicada en el libro *Poema de Mío Cid y otros monumentos de la primitiva poesía española.* Editorial SATURNINO CALLEJA, S. A. Madrid. 1919.

severo y macizo como el oro de su cetro, para que le lleve junto a sí, que de esa suerte conocerá el galardón que mereció del cielo cada uno de sus leales servidores.

El duque Aymón es un personaje de un raro interés en este poema. En la **Canción de Rolando** sólo una vez se le nombra en el verso 3073, como Aimón de Galicia. En el **Fragmento** se le dedican diez y ocho versos, siete de los cuales comprenden las lamentaciones del duque ante el cadáver de su hijo don Rinalte. Se le interrumpe cuando se le trae mensaje de que se ha desmayado el Emperador, a quien acude en compañía del duque de Bretaña y del caballero Belart.

Precisamente estos diez y ocho versos acentúan la importancia literaria del **Fragmento.**

Magnificada la figura del duque de Aymón, señalada la presencia de Rinaldos, es evidente que tenemos aquí la versión española de la célebre leyenda. Versión con caracteres de originalidad inconfundible. desde luego que sólo se hace mención de Aymón en la **Canción de Rolando** y Reinaldos no aparece del todo en ese cantar. Reinaldos de Montalbán fué un héroe popular en España durante el período de los romances juglarescos primitivos, muy anteriores en todo caso al siglo XV. Refundiciones de ellos tenemos probablemente en los que existen en las colecciones de romances viejos castellanos, como el que comienza "Estábase don Reinaldos" y el otro "Ya que estaba don Reinaldos" (Números 188 y 189 de **Primavera y Flor de Romances**). Por el Fragmento que nos queda podemos, pues, conjeturar las considerables diferencias existentes entre la **Canción de Rolando** y este otro que quizá pudiera llamarse la **Derrota de Roncesvalles** o el **Cantar de Roldán,** para decirlo con la forma arcaica que pudiera habérsele dado en la época de su composición o de su difusión entre los juglares.

En estos cien versos distinguimos ya una marcada diferencia en los caracteres: poseen dignidad y grandeza, y a pesar de que la muerte tiende sobre sus formas la púrpura de una gloriosa majestad, idealizándolas, no cesan aquéllos de ser profundamente humanos; en tanto que en la **Canción de Rolando** esa majestad les aisla de la humanidad: Carlo Magno, por su sabiduría y su valor, por su magnificencia y su fe se yergue como catedral de gótico estilo; Oliveros y Roldán son como torres guarnecidas de arqueros en ciudad sitiada, inexpugnables, invencibles. Ya antes hice notar cómo el poeta español introduce una artística gradación en las lamentaciones del Emperador ante los cadáveres de sus pares. Y finalmente la aparición del duque Aymón llorando la muerte de su hijo don Reinaldos, como un episodio desconocido de la Canción Francesa e ignorado asimismo de la leyenda de Reinaldos de Montalbán, que le hace morir como ermitaño y no en la épica acción de Roncesvalles. Todo esto en la breve extensión de este Fragmento hace suponer cuán diverso de la **Canción de Rolando,** ha debido de ser todo ese poema español que probablemente asumió las mismas proporciones que el poema francés.

La versificación del Fragmento, como la del Poema del Cid, posee el ritmo de la respiración humana, cuya capacidad abarca la extensión de siete a nueve sílabas.

El poeta no las contaba, se dejaba llevar del ritmo natural de su recitación y su respiración. La buena prosa española, como la francesa, está basada sobre ese fundamental ritmo de la respiración del hombre, alterada, a las veces, por sus propias emociones.

El Fragmento es un pequeño tesoro de las letras españolas, un vestigio de alguna otra Leyenda de los Siglos cantada en el apacible crepúsculo de una Edad Media desmayándose en su propia amortiguada lumbre.

R. Brenes-Mesén

Northwestern University.

BIBLIOGRAFÍA: *Revista de Filología Española,* tomo IV, cuaderno 2, que comprende los meses de abril a junio de 1917; *Poema de Mío Cid y otros monumentos de la primitiva poesía española,* de Biblioteca Calleja, Segunda Serie; *La Chanson de Roland,* texto de Theodor Müller, edición de 1878.

Significación de Goethe

(Viene de la página 305)

términos, exactitud matemática, verificación y revelación.

Ahora bien, aquel objeto de la vida que es sencillamente vivir, resulta el principal, ya que a todos los precede y determina: **primum vivere,** según dice la máxima. Por otra parte, la belleza, como la vida, puesto que vida es, lleva en sí su objeto y sintetiza los arquetipos de la triada platónica. Su verdad consiste en existir y su bondad en la dicha que infunde. No es, pues, vida tan sólo, sino vida benéfica y forma de verdad semejante a la revelación. Por esto dice el Verbo encarnado que es luz, verdad y vida, y así se conciliaron el platonismo y el Evangelio.

No necesita discusión ni prueba la verdad de la vida, porque es evidencia en sí. Ni las requiere el bien de la belleza; porque es impresión directa de la sensibilidad, o no existe. La crítica y la estética, o filosofía de la belleza, son descripciones de este fenómeno natural, pero no métodos para producirlo, porque esta facultad es don nativo, como el de engendrar y concebir que estudia a su vez la fisiología. Pero el arte es fenómeno de vida superior, porque no se reduce a función del instinto ciego como la actividad reproductora, sino que sintetiza con la misma intensidad los poderes de la mente y la conciencia.

Cuando decimos, pues, que el objeto de la vida es vivirla, o damos a la vida la significación de una obra de arte, o la rebajamos a complacencia bestial. Aquello, es decir lo único aceptable para la dignidad misma de vivir, fué el concepto fundamental de la civilización antigua; y por esto corresponde llamarla también civilización estética. Su propósito fué la idealización de la realidad sobre propotipos de belleza representados por sus númenes. La civilización ética que la sucedió, propúsose, al contrario, la realización de su ideal místico. Era, sin duda, un fin más puro y heroico, pero menos humano por lo mismo, y que nunca se alcanzó fuera de algunos casos individuales. Hubo que buscar, pues, desde el principio, la conciliazición que en el dominio teológico lograron los platónicos de Alejandría ,y en el político y social las síntesis católicas de los siglos XIII y XVI. Todo ello, como se ve, fué empresa romana, aunque de inspiración griega, pues la civilización occidental es, a su vez, greco-latina. Las crisis anárquicas llamadas heregías, a cuyo género pertenecen el liberalismo y el colectivismo actuales, prolongando así hasta hoy el conflicto con la jerarquía disciplinal que Ulises formulaba ya en el canto I de la Iliada (vs. 203-204) esas rebeliones, digo, concurren a definir la historia como una perpetua oposición entre el orden o estabilidad orgánica de una sociedad cualquiera, y la disconformidad desquiciadora que basándose en sus defectos, y atacándola con eficacia por esos puntos débiles, promueven su reorganización no menos jerárquica; ya que todo sistema o mejor dicho todo conjunto estable, es jerarquía de suyo, por la indispensable subordinación de los elementos que lo forman, y que, de lo contrario, no permanecerían. Lo permanente, positivo y mejor es, pues, el orden, fuera del cual sobrevienen sin remedio la disolución y la anulación. Anarquía y nihilismo son sinónimos.

La Revolución Francesa, última de las grandes heregías, si no es mejor considerarla el desenlace del protestantismo que fué una rebelión germánica contra Roma, figura entre los periodos de gigantes que al principio mencioné. Para reducir su lista a unos cuantos de los más típicos, baste con Beethoven y Laplace, Gauss y Lavoisier, Napoleón y Goethe: que nada menos precisaría aquella vasta reorganización del mundo. Pero, entre todos, Napoleón y Goethe son, a mi ver, los más significativos, porque, cada uno en su género, son también los más grandes reorganizadores de la síntesis vital contenible en la capacidad humana: "el cubo de las facultades", que dijo Hugo hablando del emperador. Claro que ello es don nativo, porque se trata del genio; mas, aquí me ocupo de su significación histórica, en la trascendencia natural que por sí sola se determina. Así podemos afirmar que la Revolución fué el momento histórico de Napoleón y de Goethe. ¿Voluntario, es decir providencial, según el concepto de que los genios son **enviados,** conforme lo sostuve en la **Historia de Sarmiento**? Natural, o como producto de una evolución cuyos elementos racionales ignoramos? No me propongo averiguarlo ahora, por doble razón de incapacidad ante el problema, y del tiempo que me falta en este escrito al correr de la pluma, cuyo solo objeto es cumplir un deber con tan grande nación monitora de la civilización occidental como aquella Alemania de la cual fuí pasajero enemigo, cuando ante su potencia formidable peligró un día la libertad.

Es cosa fácil de ver que Napoleón fué un emperador de Roma. Goethe, a su vez, fué

uno de aquellos grandes romanos en quienes renace de tiempo en tiempo la estirpe, como pasó con Maquiavelo, restaurador de su norma política. Goethe restauró su norma estética, y en esto, que no en el amor de Roma, capaz de subyugar a cualquier turista o arqueólogo, sin trascendencia ninguna, por lo demás, consistió su paganismo.

Aquel amor de la vida por la vida misma, en cuya virtud nada viviente le fué extraño, por el hecho de ser hombre, como al autor del famoso verso latino; aquel romanticismo, o vida en novela, que es, si bien se mira, la idealización de la realidad; aquel dominio de la propia existencia que llega, por extremo de la pasión, al derecho estoico del suicidio; aquella capacidad prodigiosa de la sabiduría y del amor; aquel culto de la belleza en la disciplina del arte que somete la grandeza incomparable de la creación al equilibrio proporcional de los partenones; aquel concepto arquitectónico de la construcción que subordina a su ley la misma belleza imponderable de la música; aquella vida personal realizada como una obra de arte, o sea tal cual concebía su heroísmo el pagano: todo eso y lo mucho que se me queda por decir en la apreciación forzosamente sintética del coloso, es reorganización greco-romana emprendida sobre los mismos escombros de la titánica destrucción. Así, lo que Goethe representa es la reconquista de Alemania por Roma; pero no ya a título de empresa extranjera, sino por ministerio genial del más grande de los alemanes en el dominio del espíritu.

Toda nación digna de un destino superior, defínese por un gran poeta; es decir, un anunciador de ese mismo porvenir. Mas, un gran poeta no adquiere semejante categoría, sino cuando su obra lo erije en representantes de la humanidad. Este es el sentido profundo del humanismo, genéricamente asignado al cultivo de las letras clásicas. Pues aquel concepto de la humanidad es también cosa romana por lo estoica. Así se engrandece la Patria con el hombre suyo que las naciones llaman nuestro. Así Alemania resume a la humanidad en la persona de Goethe. Y no sólo a la humanidad de ahora, sino a la de ayer, en la antigüedad de los dioses y de los héroes.

"Un hombre", dijo Napoleón definiendo a Goethe. Es decir, un hombre como él. Un emperador. Un romano de su estirpe rediviva. La glorificación de Alemania en la persona de su gigante, quedó iniciada así por el Otro. Y de esta suerte fué ratificada la reconquista imperial. Todo Hombre completo, así, en la integridad que describe la mayúscula, es un emperador. Vale decir, uno que manda en jefe. Milagro, si los hay, porque en la obra de cada genio deja el númen de la vida inmortal, o sea el verdadero Dios, su rastro patente sobre la tierra.

Leopoldo Lugones

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras

CULTURAL, S. A., de la Habana, acaba de reeditar *La Edad de Oro*, de José Martí. Con una introducción de Emilio Roig de Leuchsenring.

Colección completa de la revista que para los niños de América redactó y publicó Martí en 1889. Hágase, maestro, padre de familia, hágase de tan precioso libro! Precio del tomo empastado: ₡ 5.00.

En las PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES, de Madrid, ha salido un tomo de *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, por Federico de Onís.

...del maravilloso libro del filósofo (1) *Ecce Homo*. Nunca una personalidad ha sido tan agudamente analizada como la de Nietzsche por Nietzsche mismo. Páginas insuperablemente bellas, páginas de una emoción profunda y conmovedora.--AZORÍN.

P.—¿Podría indicarme una gramática elemental para aprender latín y que llegue a enseñar esta lengua con perfección?

R.—Como gramática elemental, la que usted indica, de los manuales *Labor*, está bien. No hay ninguna que, sin profesor, sirva para aprender el idioma a la perfección. Sin embargo, comience por ésa, o, mejor, con la de Paul Crouzet, o la elemental de Riemann (en francés), a condición de que luego estudie obras más fundamentales (Laurand, Sintaxis de Riemann; Fonética, de Juret; Morfología, de Ernout; Gramática, de Stolz, en alemán), etc.

P.—Un libro sobre la diabetes, tal que lo pueda entender un no profesional.

R.—Carrasco Cadenas: *La Diabetes mélitus*, editado por la editorial PARACESLO (Madrid).

(Luz. Madrid.)

Cortesía de los autores:

E. J. Castillero R., Profesor de Historia en el Instituto Nacional de Panamá: *El Ferrocarril de Panamá y su historia*. Panamá. 1932.

Emilio Roig de Leuchsenring: *Martí y los niños, Martí niño*. Prólogo de la edición de *La Edad de Oro*, publicada por la «Cultural, S. A.», en la Habana, en 1932.

Pedro Leandro Ipuche (Gonzalo Ramírez, 1633. Montevideo):

Fernanda Soto. Grabados de Antonio Pena. Montevideo. 1931.

Carlos Vicuña: *En las prisiones políticas de Chile. Cuatro evasiones novelescas*. Editorial NASCIMENTO. Santiago de Chile. 1932.

Marcelino Valencia V. (Carrera 5.ª Cali. Colombia):

Rastros... Prólogo de Max. Daireau. Editorial IBERIA. Barcelona.

Dear Señor:

Our hot-tempered Mr. Carleton Beals has come out with *Banana Gold* which we're publishing April 28th., price $ 3.00. It's a hardfisted, knockdown account of Central America and of a two week man-hunt for Sandino. I know you won't want to miss it.

The format is sveldt with colored frontispiece, jacket and 50 black and white decorations by Carlos Merida, an artist we are proud to have. I'm mailing your copy to you today. Let me know if you don't get it.

Sincerely, RUTA PASHER, Publicity Department J. B. Lippincott Company.

Philadelphia, April, 25. 1932.

Envío de la Biblioteca Nacional, Montevideo:

El General Artigas y los hombres de Corrientes, por el Dr. Hernán F. Gómez. Corrientes. 1929.

Telmo Manacorda: *El General Eugenio Garzon, soldado de la Independencia americana*. Montevideo. 1931.

Donación de ESPASA-CALPE, Madrid:

Armand Praviel: *La vida trágica de la Emperatriz Carlota*. Versión española de J. García Mercadal. ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1932.

Trasladamos:

Segundo volumen de la naciente colección *Vidas Extraordinarias*, una de las que con mayor acierto han venido a satisfacer la notable apetencia que sienten las masas lectoras españolas e hispanoamericanas por esta clase de literatura, tan en boga en la época. A poco de iniciarse la misma con la biografía *Juana la Loca, su vida, su tiempo, su culpa*, original del eminente pensador e hispanófilo alemán Luis Pfandl, que fué excelentemente recibida por público y crítica, he aquí que aparece este otro libro de referencia, y muy en breve verá la luz el volumen III de la serie, titulado *César Borgia*, por Rival.

La vida trágica de la Emperatriz Carlota, ha sido escrito por el destacado publicista francés Armand Praviel, quien ofrece una completa y excelente exposición del personaje evocado y su ambiente circundante en la época, a cuya claridad contribuye, en esta edición castellana, la excelente versión de la obra, que firma J. García Mercadal.

Justo es reconocer que con frecuencia acontece resultar algunos hechos y figuras del pasado próximo más desconocidos que otros del ayer remoto. Acaso el momento histórico que viene a recordar *La vida trágica de la Emperatriz Carlota* sea uno de los que prueben esa afirmación, pues el drama que desarrollóse en las tierras aztecas hace una sesentena de años no ha sido, por lo general, estudiado, reconociéndole la grandeza objetiva que en sí encarna, como ha proclamado el académico Gorce, de donde resulta ese olvido indiferente con que lo acogió la exposición histórica contemporánea. Y, sin embargo, pudiera decirse que aquél resume elocuentemente el sentido que predominaba en la alta política europea de gran parte del siglo XIX, regida preponderantemente por figuras incapaces, en las que tan a maravilla prendían las torpezas y concupiscencias, ciegas ante la realidad evolutiva del individuo y la colectividad.

En esta biografía aparece descrito de mano maestra el proceso que llevó al Archiduque austriaco y su consorte a la gran aventura que indudablemente constituía su entronización como emperadores de México, donde a poco de llegados la realidad—por ellos no escuchada—decíales ser imposible su cristalización definitiva, y el peligro que el obstinarse llevaba aparejado. Aquel cúmulo de circunstancias aciagas que habían de marcar su trágico *Ananke* de dolor y de sangre presta a la evocación la fuerza emotiva de que carecería si fuera alentada sólo por el factor personal de la mediocridad y la ambición. El curso de los años en que se debatieron esperanzas y desengaños, alientos y defecciones, ayuda y abandono; los momentos en que Maximiliano debió y pudo reconocer su error y, con ello, dar un ejemplo de singular elevación y, finalmente, la culminación del drama, con el fusilamiento de aquél y sus dos generales, todo ello ofrécese insuperablemente descrito por Praviel, así como la que podría llamarse acción paralela del libro, o sea la desarrollada por la Emperatriz, que dé nombre a la obra, con su frívolo actuar, primero, y su constante e inútil súplica a Napoleón para que éste no les retirase su ayuda, hasta caer en la vesania que arrastraría en todo el resto de su dilatada existencia.

Aparte ese aludido complemento objetivo que rodea el hecho formal y los personajes de la biografía, de alto valor enjuiciador en orden a la vida política e internacional europea de la época, *La vida trágica de la Emperatriz Carlota* comprende una gran riqueza de datos y observaciones en torno al suelo y la vida mexicanos del siglo pasado, con los que puede robustecerse el concepto del alma de aquel pueblo, en el que se manifiestan características tantas del espíritu hispánico allí prendidas desde la época de la colonización.

Volumen de 216 páginas, con cubierta alusiva. Precio 6 pesetas ejemplar. ESPASA-CALPE S. A. Apartado 547. Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

(1) Federico Nietzsche.

Carta a Juan Marinello

= *Envío del autor* =

Querido Juan:

Vine a buscarlo a su casa. A buscarle en plan de diálogo y abrazo. De lazo y enlace, de lazo leal como de gaucho, y no lazo policiaco. La realidad me contraría y me retarda una vez más. Llegué a su hogar, y en ella encontré a una mujer que, al punto, me dió una impresión: mujer. María Josefa Vidaurreta, su Pepilla, charló conmigo y me mostró su efigie. Ya le conocía yo, pero en traje de presidiario, uniforme hispanoamericano ya. Ahora le vi, en aire romántico. Profundos los ojos, negro el bigote, y el gesto soñador. Mucha fuerza, mucha luz, y, acaso, una fuga posible de esta realidad americana, circundante y lancinante. Hubiera querido, ahí, conversar con usted. Pero se harto bien que no es posible, porque la Isla de Pinos queda un tanto lejos, y la incomunicación duplica esta distancia. Le escribo, pues, en monólogo, lo que iba a ser diálogo vivísimo y acaso violento, pero con violencia fraterna y de compañeros de una lucha planteada en términos similares y patéticos. Camarada Marinello: en prueba de esta fraternidad, dejémonos nosotros al olvido, y ocupémonos de lo más nuestro: de América. Usted y yo, ustedes y nosotros, y ellos—los que son "nosotros" por **tempo** y clima espiritual y fatalidad política y determinismo económico,—nosotros sabemos ya que hay un deber amargo, pero imperioso, y en él estamos. Usted en la Isla de Pinos, nosotros en el no-rumbo geográfico, que es el exilio, pero los dos en el rumbo cierto y perdurable que es una fe. Hablemos de nuestra fe.

La realidad de Cuba tiene perfiles semejantes a los de Perú. Por ello, y porque conozco mejor la que he vivido y en cuya producción he contribuído, quiero plantearle nuestro punto de vista.

Partimos de un principio neto. Y hacemos una discriminación previa. Teorizar, y pretender que la realidad se ciña a una teoría previa, nacida de acuerdo con otra realidad, constituye un ensayo de "inventar" una realidad. Alguien me decía ayer: "si no hubiera proletariado en Cuba, habría que nombrarlo" y en verdad no compagino todavía esa afirmación con un criterio marxista, ni con uno meramente realista. La realidad se "descubre", no se inventa. La base de toda revolución—"evolución acelerada" es la definición marxista de la Revolución—debe descansar en el descubrimiento de una realidad. Y eso es lo que hemos hecho.

Partimos los apristas de este principio: América es un campo de materias primas, en donde el capitalismo se insinúa merced a la interferencia del imperialismo. En consecuencia, el imperialismo que constituye la "última etapa del capitalismo", según el subtítulo que los exégetas oficiales dieron al libro de Lenin, es en América el primer escalón, o la primera etapa del capitalismo. Nuestra actitud tiene que conformarse con una nueva realidad. Dialécticamente ello es incontestable. Y hay más. La presencia del imperialismo no provoca simplemente las coaliciones de tiranos y de cómplices. El imperialismo desvía totalmente la marcha de la incipiente economía nuestra. Así, la clase media, que obedeciendo a su destino histórico—europeo—marchaba a ser clase directriz, ha visto interrumpido su avance y ha sido aventada a la proletarización. La clase media americana constituída por pequeños comerciantes, pequeños propietarios, pequeños industriales, empleados, profesionales, profesores, carece de elementos fundamentales de la clase media europea a la que ortodoxamente y con razón se califica de pequeña burguesía. Nuestra clase media no es, en primer lugar, la que pone en circulación la riqueza como en Europa. El imperialismo al extraer materias primas y manufacturarlas directamente, se convierte también en circulador de la riqueza, relegando a la clase media a un papel de consumidor, y empujándola a la proletarización. El pequeño propietario es desplazado por el gran terrateniente aliado del imperialismo, o por la vasta empresa extranjera. Lo propio le ocurre al pequeño comerciante, ante las implantaciones de orden extranjero: el "Woolworth" es una demostración gráfica e inobjetable. El empleado nacional está en condiciones totalmente diversas del imperialista que constituye casta dominante: sin seguro social, sin vacaciones. con bajo salario. es él un explotado más. Y así los otros. El destino los lleva a proletarizarse, a diferencia de la clase media europea que tiende a aburguesarse, a ser clase dirigente. Y se explica, además de la razón económica referente a la circulación de la riqueza, por otra razón social: la clase media americana no ha atravesado su etapa heroica, análoga a la que pasaron ya Alemania, con Lutero, Inglaterra con Cronwell, Francia con la Revolución Francesa. La acción del imperialismo es tal que detuvo la marcha

(*Pasa a la página 314*)

Juan Marinello,
Profesor de la Universidad de la Habana y Director de la Revista "1930". Preso en la Isla de Pinos, sin juicio alguno, e incomunicado desde marzo del año en curso.

Juan Marinello Vidaurreta

= De *Cervantes*. Habana =

Generalmente, todos aquellos que publican en los diarios o revistas cosas sobre los diferentes escritores de tal o cual tendencia o esta y aquella nación, hacen un libro con los trabajos aparecidos, para de esa manera divulgarlos mejor, ya que el diario o revista, después de leido a la ligera, va a parar—la mayoria—al lugar de los trastos inservibles.

Nosotros pensamos hacer—dentro de algún tiempo, naturalmente—algo parecido con las publicaciones mensuales que estamos haciendo en esta revista bibliográfica, por las mismas razones que expusimos anteriormente y por otras— éstas son las más fundamentales—que se verán en el día que se de a la publicidad en forma libresca, ya que la índole de esta revista—estrictamente bibliográfica—no permite darlas aquí.

Hacemos las anteriores consideraciones en vista de las notas que nos han remitido algunos de los que necesariamente tienen que ir apareciendo en estas páginas, hecho lo cual pasamos a hablar de Juan Marinello Vidaurreta.

Nace— "el peor día", nos dice él—un dia de los Difuntos del año 1899, en Jicotea, en "unas humildes casas de madera a lo largo de la línea, en el riñón de Las Villas" (Santa Clara), a cuyo pueblo —Jicotea— "no le pasan las carretas por encima", aunque llueve mucho por allá; nos vuelve a aclarar este Marinello, que a continuación nos dice que "es mucho más riesgoso llegar al paradero a pedirle los diarios al guardalmacén que decir la verdad".

Las primeras letras, "no he tenido tiempo de entrar por las segundas", las cursó en su casa de campo, "amplia y vieja", que tenía su padre, administrador de ingenio, y de labios de un maestro colombiano, apellidado Restrepo, que llegó a creer si sería el mismo Restrepo que después fué Presidente de la República de esa nación Suramericana, creencia que se le disipó cuando se enteró de su muerte, ocurrida en la más grande miseria.

A los siete años le enseñaba gramática, aritmética, historia y cubanismo auténtico don Fidel Miró, que ha muerto ahora soñando con el apóstol. De los ocho a los once, colegio de los Padres Pasionistas de Santa Clara, de donde recogió—nos dice—"cierto misticismo inconcreto que ahora, A. D. G., estoy echando por la borda".

De los once a los trece, España, Catalunya, colegio de Sant Raymond de Penyafort, en Villafranca del Panadés, en donde se solidarizó con la tierra de su padre de una manera entrañable.

Hizo el bachillerato en el Instituto de Santa Clara, donde conoció a varios hombres, uno de los cuales—Severo García Pérez—es

(*Pasa a la página 317*)

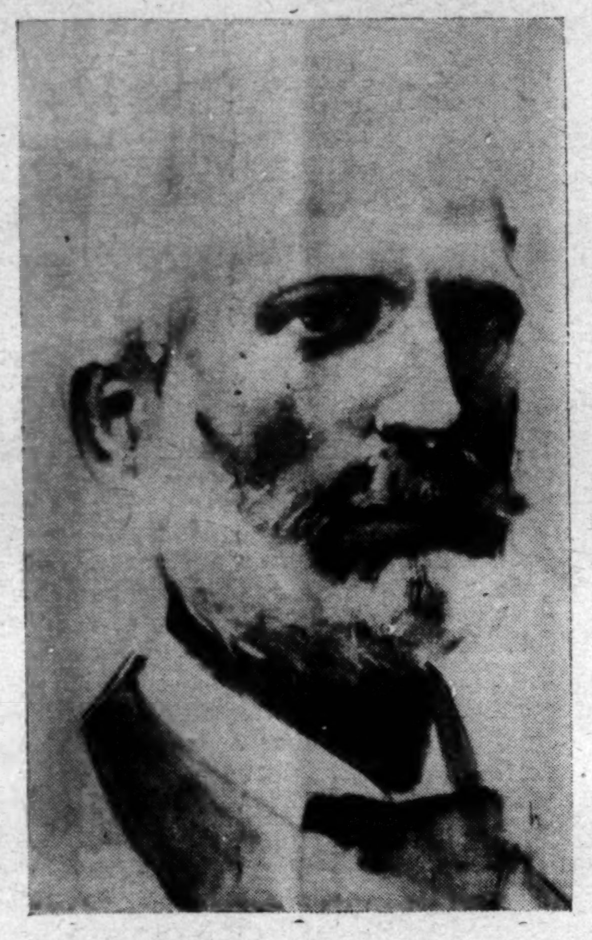
Estampas

Una página alentadora de Giner de los Ríos
La redención del filisteo

= Colaboración directa =

En Heine empezamos a encontrar la alusión continua al filisteo. La ironía heineana lo enmarca, camine por donde camine y lo exhibe sin piedad. Desconocíamos la transformación del término y buscábamos todavía los capítulos bíblicos en donde son narradas las luchas de los ejércitos filisteos. El recuerdo de David hincando piedras filosas en la frente del Filisteo nada nos decía de la casta tan tenazmente perseguida por Heine. Luego supimos el uso nuevo dado a la palabra filisteo y comprendimos el sentido en que el poeta la hacía moverse en sus escritos.

Como nuestro desconocimiento de entonces puede privar en una porción grande de gente, queremos difundir una página de don Francisco Giner de los Ríos que define el sentido nuevo del término filisteo: "Desde los tiempos románticos viene generalizándose en todas partes, a ejemplo de Alemania, donde la palabra cuenta un abolengo de dos o tres siglos, el uso de llamar **filisteo** al hombre vulgar, basto, prosaico, destituído de ideal e incrustado en la rutina, que así le da hecho el molde de su vida exterior, como el de sus ideas, gustos e inclinaciones. Para Schopenhauer, en su famosa definición de los **Parerga,** el **filisteo** "no tiene necesidades espirituales", y por esto "se ocupa constantemente y del modo más serio del mundo en cosas que no lo son"; para Ihering, en su **Lucha,** "el egoísmo ruín y el materialismo" son los caracteres de este "Sancho Panza"; para Lavroff, es "el salvaje de la civilización"; y poetas, novelistas y demás autoridades intérpretes de la conciencia popular han creado los personajes legendarios de José Prudhomme, Homais, Mrs. Grundy, que representan análogo concepto. Frente a esta banda Carlos Moore, Manfredo, Lelia, toda la magnífica procesión de rebeldes, desde Rousseau y Chatterton a los satanistas y anarquistas, afrentan con desprecio el culto de la regla social, propia sólo para el servil rebaño. Pero esta oposición entre ambos grupos, ¿es tan exacta? Si por filisteo se ha de entender el hombre ingenuo y por excelencia "conformista", que siente, piensa y vive al gusto del grupo zoológico a que pertenece, y del que no quiere disonar por ningún precio, ¡son tantas las variedades de filisteos!... Los hay conservadores y reformistas; tradicionalistas y radicales; sentimentales y prosaicos; pacíficos y revolucionarios; mojigatos y ateos; escépticos y jacobinos... Y el insurrecto, el antisocial empedernido, que precisamente quiere a toda costa disonar y ser tenido por mortal enemigo del linaje humano ¿es más persona? ¿No vive asimismo pendiente, como el conformista, del aplauso o del silbido, de la opinión ajena? ¿Pone, acaso, más empeño que el otro en ser y gobernarse por sí, o entrega a los demás con igual servidumbre las riendas de sí mismo? Para ambos, la ley de obrar no viene de adentro, sino de afuera: ¿qué más da? Lo esencial del filisteo no está en el contenido de lo que dice o de lo que hace, sino en el valor mental del proceso interior de sus hechos y dichos: ¡una misma fórmula exterior de vida puede significar cosas tan diferentes! Ni uno ni otro de aquellos mira hacia el espíritu, sino hacia el mundo, que los trae y los lleva a su antojo. No tratan, ni por soñación, de sacar de sus entrañas el individuo trascendental, que todos, aun el más vulgar sujeto, llevan allá en el fondo; sino, al contrario, de despersonalizarse, hasta el último extremo posible, no preguntándose nunca: "¿Cómo viviré yo conmigo?", sino "¿qué dirán de mí los demás?" Porque no viven de su vida, sino de la ajena, dejando que los otros vivan en su lugar por él; ni trabajan por la obra, sino por la paga. ¡Y qué paga!..."



Francisco Giner de los Ríos

La página de Giner de los Ríos deja claro el uso nuevo del término filisteo y al transcribirla queremos contribuir a su difusión entre los lectores de **Repertorio.** Filisteo y filisteísmo encontramos por todas partes. Sólo que no sabiendo aplicar las expresiones que definen con exactitud vidas y estados de espíritu infecundos acudimos al vocabulario trajinado. Tenemos que saber qué es un filisteo. Ya no podemos confundirlo con la raza de la narración bíblica. No tienen entronques las dos castas. Al menos, la que puebla estos países no lleva tan hondo su genealogía. Filisteo quiere decir hombre vulgar. Quiere decir también hombre basto, prosaico, destituído de ideas e incrustado en la rutina.

¿En cuál sitio no está el filisteo? Señalemos un lugar en donde no encontremos al filisteo y habremos obrado el milagro. Conquista y reconquista su puesto en todas las actividades de un pueblo. Así las menudas como las trascendentales. Amo y señor de todo impone su vaciedad y va creando el arrebañamiento, mejor dicho, el filisteísmo.

Filisteísmo es servidumbre por ausencia de aspiraciones. Cuando las personas lo esperan todo de la vida ajena se contentan con ser siervos. No hay problemas de naturaleza interna. El mundo de afuera es lo que importa. Las soluciones que sus luchas reclamen las darán los filisteos de copete. El filisteísmo impone una conformidad uniforme.

Ese es el mal terrible que hace desgraciados a los pueblos. Don Francisco Giner de los Ríos define al filisteo para hablar de su educación. Precisa redimirlo. Lo dice el maestro grande: "Y ahora, ¿qué hace la educación "superior" de la juventud para partear (que diría Costa) ese divino arquetipo de cada hombre en ella, para echarlo del rebaño, o más bien ayudarlo a que él se salga? Monólogo uniforme del profesor, que por igual se aplica a todas las almas, como un traje de contrata a todos los cuerpos; en vez del diálogo vivo, lleno de espíritu, flexible con unos y otros, donde la individualidad se abre camino y la respuesta se adapta a la pregunta. Textos uniformes, para aprender en ellos interpretaciones de las cosas, en vez de lecturas libres, varias, que muevan al amor y a la indagación de las cosas mismas. Plan de estudios uniforme, rígido, simétrico; incompatible con toda vocación y preferencia. Exámenes, diplomas, premios, notas, oposiciones... Todo está calculado, o más bien automáticamente construído, sin darse cuenta de ello, para el cultivo intenso de la vulgaridad, sea humilde o turbulenta, para la glorificación del lugar común y de la medianía, para la renuncia de cada hombre a sí propio y la persecución servil de la individualidad hasta la última trinchera. Y todavía el rebaño se indigna de pensar que cada maestro tenga su idea propia (no fuera malo), y pide programas únicos, textos únicos, no sé si profesores únicos, para toda la nación; y en poco ha estado que no los pida para todos los pueblos que aun hablan esta lengua española, con la cual se ha removido el alma de los mundos y hoy se dicen tales necedades. ¡Qué ha de salir de semejante enseñanza "supe-

rior", sino esos grupos monócromos, ya desteñidos y grises, ya blancos, rojos, verdes, negros, que obran por impulso gregario, mirando siempre al viento que a la hora corre! Gran milagro es de la naturaleza humana que todavía algún germen de sinceridad personal y austera devoción al espíritu relampaguee en medio de nuestra miseria, y pueda resistir y resista—y hasta de vez en cuando prolifere—a esta campaña de evaporación universal de la vida".

Complemento hermosísimo de la definición del filisteo. El mal que mata a los pueblos con la propagación del filisteísmo es aterrador. La educación debe cambiar. En la abominable educación está el pudridero. Oíganlo los educadores de estos pueblos. Si a menos quisieran tener en sus bibliotecas particulares a don Francisco Giner de los Ríos y se acercaran a él y le pidieran consejo. ¡Cuánto bueno les daría! Tratarían de infundir después el rumbo nuevo que él pide para la educación del filisteo. Porque esta casta se ha generalizado tanto que ya necesita una educación propia que la vuelva a su estado de persona. Por ahora el plano en que vive es de chatura animal. Tarea tremenda para los educadores de estos países que quieran entender bien su oficio. No sabemos si don Francisco Giner de los Ríos tenga méritos para aconsejar a educadores. Curioseamos en las cuestiones educacionales y nos gusta reflexionar en lo que dicen espíritus preocupados. Don Francisco alienta y no sería mal compañero de cualquier educador. Como página alentadora hemos transcrito la relativa al filisteo y a su educación. Quizá habría sido mejor darla sola y sin esta glosa pobre. Ciertas avispas solitarias forman de barro las cubiertas dentro de las que depositan sus huevos. De estos huevos nacerán otras avispas que en su estado de larva se nutren de lo que con el huevecillo encerró la madre. El educador en cuyas manos caiga esta **Estampa** puede descascararla, que ella es el barro, y quedarse con la simiente fecunda de don Francisco Giner de los Ríos.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1932.

Carta a Juan Marinello

(*Viene de la página 312*)

de la clase media en su camino a convertirse en clase dirigente, reemplazando a la clase militar, a la plutocracia de origen colonial que detentaban el poder. De ahí que la clase media sea una de las clases oprimidas o explotadas, en vez de ser una de las clases explotadoras, en América. Por otra parte, el proletariado es incipiente. Ya Haya de la Torre destaca estos hechos fundamentales: gran proletariado corresponde a gran industria; el proletariado no existe simplemente por su cuantía sino por tener conciencia de clase, como señala Marx; la industria americana es incipiente, y también el proletariado; la industria americana no es manufacturera, sino extractiva, colonial; el obrero americano no forja la máquina sino que la recibe como enemiga, mientras que, psicológicamente, otra es la actitud del obrero europeo.

Nuestra realidad es más agrominera que industrial. Aspirar a crear una industria de contornos tan acusados como la de Japón, Inglaterra, Estados Unidos es casi imposible, porque ahora existen la concurrencia y la superproducción; y aumentar la producción arbitrariamente conduce irremisiblemente a la "anarquía de la producción". De otro lado, las masas campesinas tan numerosas son analfabetas y viven una etapa económica retrasada. En el caso peruano, el campesino vive en pleno feudalismo. Somos en el Perú el caso curioso de un país que ofrece al viajero no sólo el espectáculo de todas las zonas climatológicas, sino de todos los períodos de la historia. Un viaje por el territorio peruano—extiéndase a Ecuador, Bolivia, etc.—es un viaje a través de la historia: incipiente industrialización y cierta técnica agrícola en la costa; feudalismo en la sierra; patriarcalismo en la selva. Nuestro proletariado carece de la eficiencia técnica y de la conciencia del europeo. Lo prueba el hecho de que simples obreros europeos resultan altos dirigentes técnicos en Hispanoamérica. Por donde quiera que se mire, existen discrepancias, y un hecho uniforme: hay dos frentes, uno de explotadores constituído por el imperialismo, los terratenientes criollos, los grandes abogados de empresas imperialistas, en suma los aliados y cómplices del imperialismo; y otro frente, constituído por los campesinos, proletarios, empleados, profesionales, trabajadores intelectuales, pequeños propietarios, pequeños comerciantes. Se cumple así, férreamente lo que, dentro de la más ajustada interpretación marxista, decía Engels: "hay momentos en que las clases sociales desaparecen para dar paso a dos Naciones, una Nación opresora y una Nación oprimida". Y esto es lo que el aprismo recoge. El frente de oprimidos, constituído por los explotados, por el frente único de trabajadores intelectuales y manuales, sin absurdas divisiones de clases que no existen, pero con un objetivo común. Y en ese frente, el papel del trabajador intelectual es meramente un papel interino. Interviene como concurrente a la dirección del partido porque aunque se exagere la ortodoxia, hay este otro hecho evidente: la impreparación actual, como consecuencia del sistema de explotación y de analfabetismo, de los trabajadores manuales.

¿Que esto es evolucionismo? No perdamos de vista la definición de Marx: "evolución acelerada" para calificar a la revolución. No perdamos de vista que las revoluciones no comportan necesariamente un levantamiento en armas—tan necesario por lo demás en muchos países de América, siempre que no sirva para usufructo de una de las castas parasitarias que han detentado el gobierno—sino un cambio de frente, un nuevo concepto, un planteamiento diverso de la política y la cuestión social. Gandhi es un revolucionario evidente. Y ya citaba Haya el caso de la máquina a vapor que produjo la revolución industrial en Europa. Además, no olvidemos, dentro de los documentos de la III Internacional, que hay una distinción profunda entre estrategia y táctica. Si mal no recuerdo—escribo de corridas, en vísperas de viaje, y en viaje de deportado, sin libros de consulta a la mano, fiado sólo en mis recuerdos—Stalin destaca en sus "Fundamentos del leninismo" esta discrepancia fundamental. Dentro de la táctica se dió lo que Lenin llamó gráficamente "un paso atrás, dos adelante"; dentro de la táctica está la NEP; pero la estrategia es algo diverso y más allá. Nosotros, los apristas, tenemos nuestro Programa Máximo y nuestro Programa Mínimo. El programa Máximo, o sea las reivindicaciones finales, como nacionalización de la riqueza, etc. y Unión de los pueblos latinoamericanos, etc.; y el Programa Mínimo que es el plan de acción inmediata, el plan de gobierno, las reivindicaciones del momento mismo, preparando el camino para obtener las posteriores. El ritmo de esta marcha lo da la realidad misma. La terca realidad, como gráficamente dicen los ingleses. Dentro de este Programa mínimo figuran reivindicaciones normativas interesantes y concretas que usted, sin duda, conoce. No hay que cometer el error de ciertos extremistas con respecto a la República Española. Con este respecto, el folletito de Trotzky es sumamente ilustrativo, cuando se refiere a la cuestión de sufragio, etc., para formar conciencia y actuar enseguida.

Pero, dejemos esto, Juan, y hablemos de otros hechos. Nuestro historial nos permite hoy jactarnos de una obra perdurable y en beligerancia. El Partido se fundó en el Perú en setiembre de 1930, y fué copado por medio de persecusiones, redeportaciones, cárceles, en noviembre del mismo año, por obra de este mismo inconsciente tiranuelo de hoy: Sánchez Cerro. Después de tres meses de brega ilegal, pudo salir a la luz, cuando cayó, por repudio general, el déspota. De marzo a octubre, capitalizamos 110.000 votos confesados que son 132.000 auténticos, y nuestras filas se robustecieron con 280,000 afiliados, hombres

y mujeres, mayores de diez y ocho años, etc., tan firmes en su fe, que la persecusión de hoy, las deportaciones de hoy, la Ley Marcial de hoy, las condenas a muerte de hoy, el aventamiento de todo empleo a los apristas, el terror, la calumnia, la tortura (a la hija de Magda Portal le han roto un brazo para que dijera dónde está su madre, según lo publica **Repertorio Americano**), sólo han tenido como resultado ocho (8) renuncias de miembros del partido publicadas triunfalmente por el diario de la farsa y la bajeza, "El Comercio" de Lima. Pero, esto es susceptible de discusiones. Vamos a la formación de nuestro Programa Mínimo, a la constitución de nuestro Comité Ejecutivo Nacional, a la postulación de las candidaturas. Al revés de todo partido constituído sobre bases de oligarquía, iniciamos esta nueva táctica. Formado el Partido sobre núcleos celulares y con la organización sindical obligatoria, cada sindicato de cada departamento del Perú quedó obligado en mayo a presentar sus pliegos de reivindicaciones inmediatas a los Congresos Departamentales Apristas. Discutidas y ordenadas tales reivindicaciones de los sindicatos por sus propios delegados, se contexturaron los Programas regionales. Y, luego, el Congreso Nacional del Partido, discutió, coordinó y redactó el Programa Mínimo, mientras Haya de la Torre, recién regresaba al Perú y estaba en su campaña de conocimiento del país. Un programa así, elaborado por las masas mismas, es el secreto de la fe de ellas mismas. Además, partido pobre,—el dinero indispensable para propaganda, viajes, etc., lo dieron los propios afiliados, cuyas cuotas mensuales y de inscripción y cuyas contribuciones a los continuos actos del Partido, conferencias, etc. sirvieron para formar un fondo apreciable, que se invirtió en provecho exclusivo del Partido mismo.—Las candidaturas a las representaciones, no fueron lanzadas por los Comités Centrales, sino después de que, en votación secreta, los miembros del Partido designaron sus pre-candidatos, con esta única taxativa: mitad de trabajadores intelectuales y mitad de trabajadores manuales en cada cédula de voto. El designado candidato se obligaba a entregar su renuncia en blanco al Partido, su renuncia de representante, a fin de que el Partido la hiciera funcionar en cualquier instante en que se rebelara contra las disposiciones del Ejecutivo, y además quedó obligado a rendir cuenta diaria de sus labores en el Congreso, ante las masas del Partido, con las que debatimos diariamente. Por último el Comité Ejecutivo al realizarse el reajuste del Partido, estuvo constituído por un setenta por ciento de trabajadores manuales, entre ellos hombres de lucha, probados con muchas prisiones y deportaciones de tiempo atrás, como Vidal, Ríos, Conde, Peves, Cervantes, Arévalo, y otros que no recuerdo. Estas medidas se plasmaron enseguida en nuestro plan de acción. Partido de masas, emanado y controlado por ellas, con líderes de su confianza, no con caudillos, pro-pugnamos la democracia funcional en un sentido vertical y no horizontal, pero a base de la organización funcional del Municipio, de una sola Cámara Funcional y de un Consejo Económico; propugnamos la formación previa de un Congreso económico de mesa redonda para investigar la realidad económica del país; y en fin, a través de toda nuestra actise trató—ya en plan de minoría—de limitar los poderes del Jefe del estado, quitándole la prerrogativa de nombrar empleados, y la de designar autoridades políticas, que debían emanar de elección local, como ocurre en casos de México, y en fin, através de toda nuestra actitud definimos claramente nuestro ideario que Alberto Llerás Camargo, un político joven de Colombia, definía así en "El Tiempo" de Bogotá: el aprismo trata de obtener un nacionalismo económico, para ir a un capitalismo de Estado que eche los cimientos del socialismo intelgral, última etapa de su evolución, que desde luego será todo lo acelerada que lo permitan las circunstancias. Y eso sí: nos jactamos de haber realizado una efectiva "revolte des esprits" en un país con menos fe política aun que Cuba. Imagíneselo.

Termino. Me debo a menesteres impostergables. Y usted no tendrá ya deseos de seguir en este discurrir deslabazado y al galope. Hay desorden en lo dicho. Hay premura, Marinello. Hay el afán de decírselo todo, y las ideas se me atropellan en el umbral. No importa. Que no hagan cola. Acaso sea mejor para evitar en este momento un tanto romántico, sin mengua de lo realista, que sufran de estandardización.

Quiero recordarle, solo, algo que reiteradamente he leído en Martí. Cuando le hablaban de su espíritu hispanoamericano, que él concebía tan realistamente, solía argumentar: de eso no podemos tratar a fondo, mientras no se complete la emancipación de la América Latina. Y trabajó por emancipar Cuba. Yo creo que bien podemos hablar igual cuando se nos tienta a otras aventuras. Todavía no podemos tratar de ello, mientras tengamos incompleta la emancipación de la América Latina. Emancipémosla. Ustedes, nosotros, ellos: **Nosotros.** Formemos la gran Unión de Pueblos oprimidos, llevando a lo internacional la aseveración de Engels. Y con la Justicia Social por Norte, y el sacrificio incesante como resorte, yo estoy seguro de que nos encontraremos, y muy pronto, compañero Juan Marinello. Aquí o allá, no importa donde. Pero, nos encontraremos, y para entonces, ya mejor discriminado el panorama político americano, para entonces usted tendrá un convencimiento que algunos no pueden alcanzar. Nosotros, los apristas, no somos comunistas ni anticomunistas: somos neta y sencillamente apristas. Cuando un intelectual de talla me decía hace pocos días, "yo soy antiaprista", como tarjeta de visita, yo le preguntaba: "Qué era el aprismo". Juzgaban un movimiento por ecos remotos de una juventud enardecida. Pero, a pesar de ello, ya nos encontraremos con él también en la brecha. A menos que fugue a los campos adversarios, del adversario auténtico: al imperialismo, al capitalismo, o al oportunismo muelle y sin compromisos, tan vituperado por Lenin, tanto como aquel radicalismo "enfermedad de infancia" de que el propio Lenin habló en otra ocasión.

Nos encontraremos, Juan, en la brecha y siempre realistas. Mientras tanto, con mi saludo de camarada, mi devoción de artista, mi cariño de hermano, aprieto, en las manos de su compañera, leales y comprensivas, las puras manos de usted.

L. A. Sánchez

La Habana, 29 de abril de 1932.

INDICE



CON EL ÚLTIMO CORREO:

Una maestra

= *Envío del autor* =

A *Lilia Ramos* y a *Carlos Luis Sáenz*, que han sentido cómo les consagra el sincero afecto de sus alumnos, porque su siembra es siembra honrada de virtudes.

Los muchachos de la Escuela estaban regocijados esta mañana. El profesor, seriamente ocupado en su "didactismo", no sabía por qué sus alumnos manifestaban una especial inquietud, y su clase no era escuchada con la mansedumbre y resignación de otros días. Sin embargo, al terminar la lección, el profesor ya sabía la causa de este regocijo y de esta agitación. La noticia se había deslizado en todos los oídos y al profesor le llegó en algún momento.

Estos diablos de muchachos realizan deliciosas conspiraciones, que, indudablemente, irritan los ánimos de los profesores que sólo tienen tiempo para regar su "sabiduría", o de los timoratos que siempre están pendientes de que sus alumnos no realicen actos de hombres libres y conscientes. Esta mañana los muchachos han recorrido los corredores de la Escuela con una picaresca alegría prendida en los ojos. Muchas veces han estado preocupados, seriamente preocupados por el buen éxito de sus empresas tramadas por ellos en su plena libertad, en la libertad con que viven en su Escuela. Después ríen y comentan, se entusiasman, se excitan, se exigen responsabilidades, se reclaman cooperación, viven de lleno la vida que se manifiesta con toda plenitud.

¡Qué deliciosa frescura, qué de fuerzas nuevas podría sentir entonces el avinagrado profesor si en un grupo de muchachos se digna ser como un compañero que participa sinceramente de sus entusiasmos! ¡Cómo podría sentir de cerca el corazón de sus discípulos, si el profesor encastillado en su ciencia quisiera descender a vivir instantes en la cordialidad de sus jóvenes alumnos!

Hoy los profesores no habían sabido comprender la alegría encendida en los semblantes de los muchachos. ¡Es tan difícil que los profesores quieran comprender las alegrías de sus alumnos!... Pero la noticia de esta mañana ya había encendido en alegría picaresca los ojos de los muchachos.

La noticia es sencilla: la profesora destituída viene esta mañana a la Escuela porque sus alumnos le rogaron insistentemente que viniera. Por supuesto, la profesora destituída sólo viene de paseo, pero viene llamada por sus alumnos, invitada por ellos—que son los que se sienten dueños de su Escuela, responsables de sus actitudes, respetados en lo que ellos entienden que son sus derechos— ¡Cuánto desean estos muchachos que su profesora vuelva otra vez a vivir con ellos esa vida cordial y franca!

Los estudiantes han invitado a su profesora destituída y la reciben esta mañana. Por eso están alegres. ¿Quién dió permiso a estos muchachos para invitar a venir a su profesora destituída? Esta es su diablura de hoy; su sorpresa de hoy.

La Escuela está llena de alegría.

El acontecimiento no tiene aparentemente ninguna importancia; puede pensarse que es un simple sentimentalismo, que nos llamamos a engaño si se da acogida a estas manifestaciones de los estudiantes; puede pensarse muchas cosas. Pero pensamos que de esto se puede derivar alguna enseñanza, que los profesores pueden encontrar en estas actitudes de sus alumnos la explicación de muchas de sus desventuras "docentes", de esos terribles problemas disciplinarios o de ese más terrible pasar sin dejar huella de simpatía, de recuerdo. Pensamos en esos profesores que se colocan a respetable distancia de los jóvenes, para no entenderlos sino a través de las calificaciones bimestrales o del juicio hostil que les produzcan sus inquietudes y sus rebeldías. Pensamos en el profesor cuya vida no es para el alumno precisamente un ejemplo de rectitud, de aspiraciones nobles, o en el profesor, repetidor de textos y de fórmulas, que no desiende con sus conocimientos al mundo de la juventud, sino para hacerlos aborrecer.

Los muchachos reciben esta mañana a su profesora destituída. Los grupos corren a rodearla; le abrazan unos, le estrechan las manos otros. Todos sonríen una sonrisa de contento, de hondo contento. La profesora tiene en sus ojos un velo de lágrimas que sonríen también, ¡tal es el afecto y tal en ella la emoción!

¿Por qué echaron de la Escuela a esta profesora? Los alumnos no lo saben; no lo preguntan; no desean saberlo. Ellos, con el alma limpia, saben que no hay nada que pueda acusar a su profesora, y con el alma limpia no pueden comprender de otra cosa que de alegrías y de nobleza; de sentimientos generosos. Ellos viven con los impulsos de su corazón aun no amargado, con sus ideales, con sus aspiraciones en pleno vuelo. Así se acercan al maestro esperando que éste les hable de la vida abriendo también su corazón. La profesora destituída ha trabajado en el corazón de estos muchachos, que oyeron sus lecciones como una forma nueva y grata de aprender ciencia, ahondando y reflexionando para encontrar el sentido de las cosas, contando con las propias fuerzas. La profesora ha sido buena y recoge su cosecha venida del corazón alegre y espontáneo de sus alumnos...

Y pensamos en lo desgraciado que debe ser el maestro que no siembra en el corazón de sus discípulos, porque nunca verá su cosecha y porque siempre vivirá amargado—destruída su ilusión creadora y su fe generosa—. ¡Cómo pierden el tiempo tantos maestros pensando en su misión de enciclopedias—cerradas al espíritu de los jóvenes! ¡Qué provechoso sería para la educación, para guiar vidas y ayudarlas a tomar derrotero—que esta es la aspiración—que el maestro forme alianza íntima con sus alumnos y comparta con ellos, con absoluta sinceridad y buena fe, las vivas conmociones del espíritu!

Los alumnos reciben a su profesora destituída con el corazón abierto, así como ella tuvo el suyo para ellos. Y este hondo sentimiento los hace estar alegres.

¿Qué pueden esperar ahora de su maestra destituída? Podrían ser indiferentes, manifestarle hostilidad u odiarla acaso, ahora que no tiene en sus manos el instrumento de las calificaciones, que tantos maestros utilizan para torturar a sus alumnos y para convertirlos en serviles y aduladores. ¡Cómo detiene en los estudiantes el desenvolvimiento de su personalidad este terror de la calificación!

La profesora destituída recibe de sus alumnos el mejor homenaje: el de su alegría.

La profesora destituída es joven, muy joven para cosechar tanta simpatía. Esta simpatía la ha conquistado con su amistad, con su sola y sincera amistad. Oyendo a sus alumnos, queriéndolos, interesándose por sus problemas, sirviéndoles del mejor modo, sembrando inquietudes en sus cerebros, compartiendo con ellos el conocimiento como de corazón a corazón.

Los alumnos no han visto en su profesora a una enciclopedia abierta para dar datos y más datos. Han visto un corazón humano dispuesto a sentir la cercana palpitación de sus jóvenes corazones plenos de dudas, de reflexiones, de hondos sentimientos.

Los alumnos sin duda detestan a los profesores que sólo se ocupan de los vastos problemas de la ciencia que se encierra como cadáver en las páginas de los libros. Quieren sentir que sus vidas son comprendidas, que se piensa en ellos con cariño, con el cariño del que sabe que está cultivando una simiente y no grabando, sobre la masa de una roca, la terrible ciencia destinada a fosilizarse... Los muchachos aman la vida y quieren que se les hable de la vida; del gesto heroico, del intenso dolor que amargó al genio de las debilidades y de las grandezas humanas. Quieren sentir el estímulo del que los alienta; quieren sentir que sus vidas no sólo se miden con números cada bimestre...

Su profesora les habló siempre con la más absoluta verdad, con el más absoluto respeto a sus convicciones. La profesora confió en ellos, les indicó caminos, los llenó de preocupaciones, los invitó a reflexionar en sus vidas, les presentó vastos horizontes donde la vida humana se eleva, se engrandece. Y

en todo esto les habló con la honradez que sale del corazón limpio. ¿Por qué no han de querer a la profesora que así les habló y que supo acercarse a sus corazones rebosantes?

¡Cómo es de hermosa esta alegría, y cómo debe conmoverse el corazón de estos maestros que sienten que no han arado en el mar!

La profesora destituída tiene muchas virtudes y muchos merecimientos, pero por sobre todo ama la verdad. ¡Y qué fuerza de creación para el porvenir trae la verdad viviendo en las rebeldías de una juventud, temblando en los labios amargados de esta joven profesora!

¡Cuánto darían de sus vidas muchos profesores, por recibir de sus alumnos el homenaje que ha recibido esta joven profesora!

Estos diablos de muchachos realizan deliciosas conspiraciones en esta su casa. ¡Y qué picaresca alegría prenden en sus ojos cuando el éxito acompaña las tramas de sus corazones alegres y puros!

La profesora destituída no puede sentirse más orgullosa en esta clara mañana.

¡Y cuántos nos quedamos pensando en la honda simpatía que debe unir al maestro y al discípulo!...

R. C.

Heredia, C. R., mayo de 1932.

Juan Marinello Vidaurreta

(Viene de la página 312)

"un espíritu clarísimo que no quiere alumbrar" y que compartió con él el mismo banco del instituto provincial.

En la Universidad de la Habana se hizo abogado y salió de ella al terminar con beca a Europa, ya que obtuvo—dado su carácter de estudiante modelo—esa beca, por ser declarado alumno eminente.

En la Universidad Central, de Madrid, cursó un curso en el Doctorado de Derecho, donde aprovechó su estancia para frecuentar el Ateneo por las noches y el Museo del Prado por las tardes.

"Ya hombre, nos dice, volví a la de la Habana a cursar Derecho Público y Filosofía y Letras. Realicé el único milagro de mi vida: aprobé Griego con el doctor Maza y Artola"; después llegó a catedrático, cargo que ocupaba cuando ocurrieron aquellos famosos disturbios el año 1930.

Ha publicado los siguientes libros: en 1927, **Liberación**, libro de versos (Ed. Mundo Latino), "por el cual, nos dice, quedé **liberado** de mucha obra muerta modernista y de no poco lastre romántico".

"Hoy, nos aclara, me ofrece **Liberación** la comprobación—gratísima—de saberme más joven que en 1927".

En 1928: **Juventud y Vejez** (conferencia, Ed. El Universo, La Habana) y en 1929: **Sobre la inquietud cubana** (folleto, Ed. 1929) revista de avance).

En la Colección de "Libros Cubanos" dirigida por el doctor Fernando Ortiz (Ed. Cultural, S. A., 1929) hay un tomo—el 11—dedicado a Poesías de José Martí, donde hizo—a más de la compilación—una nota biográfica de él y un extenso estudio preliminar, en forma polémica, de Martí poeta. Al libro de Manuel Marsal, **El negro en los Estados Unidos**, le precede un ensayo preliminar, obra de él también, así como unas páginas líricas al reciente libro de E. Ballagas, **Júbilo y Fuga**.

A libros de los señores Juan Antiga, A. Guerra y L. F. Rodríguez, también ha puesto ensayos prologales, todos los cuales verán la luz en fecha próxima.

Prepara para el futuro muchas cosas, algunas de las cuales tardarán bastante tiempo en ser llevadas a la imprenta, pero otras irán apareciendo a medida que las vaya terminando; primeramente un libro de ensayos literarios, después un tomo pequeño con tres ensayos en torno a Martí y prepara para la Ed. Espasa-Calpe una biografía de la Avellaneda; va haciendo también un libro de versos y otro de ensayos sobre política, que no puede precisar cuándo terminará.

Ha colaborado en todas las revistas cubanas que propiamente así puedan llamarse, **El Fígaro, Chic, Gaceta de Bellas Artes, Revista de la Habana**, etc., etc., entre las fallecidas, y **Social, Bohemia, Revista del folklore cubano, Bimestre Cubana y Cervantes**, etc., etc., entre las que se publican actualmente.

Con Mañach, Lizaso e Ichaso, fué director de la **Revista de Avance 1927-28-29** durante toda su vida y hoy publica con J. M. Irisarri **Política**.

Repertorio Americano (San José, Costa Rica); **La Cruz del Sur** (Montevideo); **Mercurio Peruano** (Lima), **Indice** (San Juan, Puerto Rico), **La Gaceta Literaria** (Madrid), **Sur** (Buenos Aires) y **Contemporáneos** (Méjico), han sido las revistas de hispanoamérica en que ha colaborado, además de algunas otras que han fallecido ya.

Han sido traducidos varios trabajos suyos al francés y al catalán, aunque él no los ha negado.

Ha ocupado muchos puestos—demasiados, nos dice,—entre los que se encuentran el ya enumerado de Catedrático, Vicepresidente de la Hispanocubana de Cultura, codificador de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional; Sociedad Económica de Amigos del País, y actualmente pertenece a esa sociedad numerosísima que forman los sin trabajo de todos los países, los cuales tienen muchos **quehaceres y más quepensares.**

W. Frank, G. Marañón, J. de Asúa, Araquistain, A. Lázaro, J. L. Morenza, Paniagua, L. A. Sánchez, Sarracante y C. Espina, se han ocupado de él entre los extranjeros y entre los de casa Regino E. Boti (el cual ha publicado un folleto rico, de firme y lúcida erudición) y Lizaso y Fernández de Castro en su antología; además se han ocupado de él en artículos sueltos, en Cuba Enrique Alvarez, **Revista de Oriente**, Santiago de Cuba, y la profesora Meléndez, de la Universidad de Puerto Rico, en **Indice**, número de enero de 1931.

"¿Cuál es su máxima preocupación actual?", le hemos preguntado, y nos ha dicho:

"Parece que ya, por fortuna, no hay problemas **literarios** e interesan sólo a una clase reducida de eruditos ratoniles. El caso humano es en sí el problema. La literatura empieza—en los días de la **deshumanización del arte**—a humanizarse. Corremos a un tiempo de desnudez. Desnudez intelectual, desnudez política, desnudez del hombre doliente. La ropa—oratoria, respeto jerárquico, virtuosismo, academicismo... —está siendo lanzada muy lejos por el músculo insurrecto. Y el hombre, sin ropas y con pasión de la verdad—integralmente desnudo,—es el hombre político. Porque ha visto la falsía de las vestimentas y quiere enlazar con otro hombre y con otra mujer su fuerza libre. Ahora el hombre blanco y el hombre negro se preguntan su camino de hombres, no de individuos de una raza o de un pueblo o de un continente. Se corre a una unidad superior por la unidad de cada uno. La curiosidad lectora lo está diciendo. Hoy se venden dos clases de libros: los de biografía: unidad patética en que nos queremos comprobar; los de política radical; aspiración a la unidad fecunda del esfuerzo-vital. Se quiere la armonía que tuvo el Medievo. A ella se va por vías de superación indefinida. Sin feudalismos. Y con hondo sentimiento religioso. Pero con dioses tangibles y familiares".

Dirección actual: Calle 21 número 374, entre Paseo y 2, Vedado, La Habana.

Alberto Sánchez Veloso

Tú la imposible

= *Envío del autor* =

No se crea que se trata de un afrodisiaco, se trata de una novela escrita por el joven José Marín Cañas.

Diré que admiro todo lo que no puedo hacer; jamás sería yo capaz de llenar de esos signos negros 319 páginas. Yo diría: pues se casó con otro, probablemente señal de buen gusto.

Marín Cañas es un sistema telegráfico sentimental, la novela es una desorganización organizada. Estamos de acuerdo en que todas esas necedades de genio, de maestros, etc., etc., son pura palabrería. Manifestarse a sí mismo es todo a lo que puede aspirar un individuo. Marín Cañas unta su espíritu a las páginas.

En algunos escribir es una válvula de escape, eso hace a ciertos hombres inofensivos. Cuando la niña iba a caer en los brazos del literato donjuanesco, éste lo cuenta en uno de sus artículos, entonces la niña no cae, y desde luego se ha salvado la reputación del conquistador. En el caso de Marín Cañas se trata más bien de resignación, en este caso un libro es un auto sedativo.

En su gran movilidad de espíritu, pasa de filósofo, pidiendo compasión a las damas por ser romántico, a poeta: "las lágrimas no manchan", y llega a renegado: "Fuera llora la lluvia. Siempre se queja. No acaba con su plañir de prostituta".

Marín Cañas cuenta con la buenísima señal de tener enemigos. No olvidemos que a Anatole France lo están combatiendo aún después de muerto. Los elogios son escasos, sólo la perfidia de algunos compañeros puede darnos la medida de lo que hemos hecho.

Marín Cañas quiere vender sus libros, como las papas y como la leche, y tiene razón y derecho; su trabajo debe darle la independencia de bolsillo que desgraciadamente está tan ligada con la espiritual.

El libro tiene todo el aparato de presentación europeo, y la novela, un magnífico desborde de juventud sincera.

San José, C. R., mayo de 1932.

Max Jiménez

Los humoristas

Las humoradas y el humorismo internacional

= Artículo de 1926. De *El Hogar*. Buenos Aires =

El centenario de Salticov-Chedrín

Se suele afirmar con exceso de pasión que la literatura rusa carece de sentido humorístico. Sin embargo, desde Gógol hasta nuestros días pueden citarse muchos humoristas eslavos—desconocidos, es cierto, en castellano—mas no por ello menos rusos ni menos humoristas. Eso, sin tomar en cuenta aquella célebre frase de Dostoievski: "Todos salimos de "La Capa" de Gógol". Lo que en cierto sentido quiere decir también: Todos los escritores rusos somos, como buenos discípulos de Gógol, un poquito humoristas. Y en verdad que lo era bastante Turguéniev y lo fueron en más de un aspecto de sus obras: Turguéniev, Tolstói, Nekrásov, Korolenko y Andréiev. Porque, en resumen, el humorismo es un estado de espíritu; una manera ideal y amable de ver la triste realidad. Todos los grandes escritores—quien más, quien menos—han concebido **en humoristas** sus mejores páginas. De ahí que el filósofo danés Hoffding pueda sostener en una obra, sólo citada por Sanín Cano ("Den Storen Humor"), que Dostoievski, el creador de "El eterno marido", es un gran humorista.

Pero Rusia también tuvo y tiene todavía humoristas que saben sonreír más claramente entre sus lágrimas... El característico humor ruso no se agota fácilmente con Gógol. De antes de mediar el siglo XIX, puede citarse páginas humoristas del poeta Puschkin, del fabulista Krílov, del novelista Sergio Timovéievic Aksácov y del crítico Pisaref. Posteriormente han descollado en el género: Anton Chéjov, Alejandro Remízov, Arkady Avérchenko, el moderno Zamiatin y el más reciente Ilya Ehrenburg, autor de "Las extrañas aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos".

Entre estos dos grupos de humoristas hay que colocar después del maestro Gógol a M. E. Salticov-Chedrín (1826-1889). Es él el humorista ruso cuyo centenario acaba de celebrar con entusiasmo el gobierno soviético.

Aunque "dvorianín", es decir, noble de origen, Salticov—más conocido por su pseudónimo de Chedrín,—fué perseguido tenazmente en su época. Pero ni aun en la cárcel se agotó su vena humorística en contra de la burocracia. Allí escribió "El retiro de Monrepo", admirable sátira acerca del gobierno zarista. De ahí salieron también muchos de sus famosos "cuentos inocentes" y algunas "cartas abigarradas".

Chedrín fué durante muchos años el escritor más popular de Rusia. Su ingenio, siempre despierto, era gustado por todas las clases sociales. Escritor fecundo, dejó una copiosa y diversa obra que lo coloca al lado de los grandes maestros de la literatura rusa. En su novela "La familia Golovliov" creó verdaderos tipos humanos, algunos de los cuales, como Iúdichka son, a juicio de Kropotkin, su crítico menos benévolo "de una fuerza casi shakespiriana".

La afición francesa a la literatura de "pastiche"

En París se hace cada vez más común el gusto "du pastiche"' que tiene tan gloriosos antecedentes en la literatura francesa. Revistas y periódicos registran con frecuencia páginas a la manera de clásicos y modernos. Hasta se publican "pastiches" póstumos. (Peguy dejó entre sus papeles uno de Voltaire; Henri Franck, el poeta de "La Danse devant l'arche", otro de Barrés). Por su parte, Jean Giraudoux escribe una plegaria sobre la Torre Eiffel, y M. Paul Reboux lleva ya publicados varios tomos de "A la maniére"... de todo el mundo.

En París fabrícanse a diario inéditos de Stendhal y de Mallarmé. Hasta la grave "Revue Pedagogique" inserta en sus páginas un **deber** a la manera de Poil de Carotte, es decir, de Jules Renard. Y todo esto, como un juego, para divertir y divertirse espiritualmente.

¿Quién, entre nosotros, haciendo juegos parecidos, se atreverá un día a confundir sin malicia a Leopoldo Lugones con Víctor Hugo; a Rudyard Kipling con Horacio Quiroga; a Gerchunoff con Renán; a Cancela con Anatole France y a Gorki con Manuel Gálvez?

El décimo aniversario de otro gran humorista

Los lectores de idisch acaban de festejar en Nueva York y en todo el mundo "inclusive Suecia y Noruega" el décimo aniversario de Scholem Aleijem, el más grande humorista de la literatura judío-israelita contemporánea.

Scholem Aleijem vivió sus últimos días en Nueva York. Aquella ciudad formidable tenía para él rincones que le recordaban el pueblo de "Tobías, el lechero", esa conmovedora epopeya del sentimiento judío, que Edmond Fleg tradujo al judeofrancés de Alsacia y que el actor Rudolf Zaslavsky encarnó sobre las tablas de un teatro porteño.

Scholem Aleijem es un autor casi intraducible. Apenas si hay algunas pocas versiones de sus obras en ruso, alemán e inglés y eso porque, viajero infatigable, apenas si el gran humorista residió en Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

A propósito de su primera estada en Nueva York se cuenta la siguiente anécdota, que vale la pena repetir:

Mark Twain y Scholem Aleijem encontráronse una tarde con cierto amigo común en la Quinta Avenida de Nueva York. Y al ser presentados, los dos grandes humoristas se abrazaron cordialmente.

—El señor—dijo el gran escritor yanqui dirigiéndose a Scholem Aleijem—es el Mark Twain judío, ¿no?

—Yes—contestó el aludido.— ¿Y el señor, el Scholem Aleijem, yanqui?...

Y los dos grandes humoristas soltaron a reír simultáneamente.

La fiambrería del señor Enrique Hine

No se trata de una humorada más o menos **ben trovata,** sino de un hecho real. En Buenos Aires—no en Hamburgo, donde acaban de levantar una estatua al poeta, el Sr. Enrique Heine—es dueño de una fiambrería. Quien quiera adquirirle "delicatessen" no tiene más que darse una vuelta por nuestra aristocrática calle Cabildc. Antes de llegar a la del vate Echeverría le sorprenderá un letrero luminoso con el nombre y apellido del poeta que escribió los más delicados lieder del idioma alemán.

...Pero qué mucho que el Gran Humorista, "el Aristófanes de los cielos" haga vender al señor Enrique Heine el jamón que consume una parte de nuestra aristocracia. Los judíos, según Zángwill, no sólo venden trajes viejos; también imponen ideas nuevas. Y los alemanes... pero si el mismo Harry Heine, que empezó como agente comisionista de Inglaterra, terminó como intermediario intelectual entre Francia y Alemania. Vaya uno a saber lo que pueden las salchichas por el mayor entendimiento de los hombres. Por lo demás, Goethe, el Weltbürger, ¿no era como las mejores salchichas de la ciudad de Francfort?

El señor Enrique Heine puede, pues, muy bien tener su "delicatessen hause" en Buenos Aires. Su homónimo también probó "chucrut", cuando estuvo en la otra capital del mundo latino...

Henri Berstein versus George Bernard Shaw

Con motivo de unas apreciaciones de Bernard Shaw sobre el teatro francés contemporáneo, Henri Bernstein acusó al célebre humorista inglés de antisemita. Los dos grandes hombres de teatro sostuvieron una fatigosa polémica en "Le Temps" de París, y Bernard Shaw escribió, por último, un postcríptum para el diario "Der Jude" de Berlín, apéndice que muestra a las claras que monsieur Bernstein se llevó la peor parte en la polémica.

Después de recordar graciosamente una inculpación de antisemitismo que afectó mucho a Dickens, Bernard Shaw, hace constar que en Inglaterra no se conoce el tipo del antisemita. Entre nuestros hombres de letras—dice textualmente—la imitación más aproximada de un antisemita es Mr. Hilaire Belloc, con el cual si yo fuera comparado debiera considerárseme un pro judío. si existiera tal clasificación en Inglaterra. Pero comparado con M. Urbain Gohier, Mr. Belloc resulta un moderno Macabeo. Y, generalizando más su pensamiento, Bernard Shaw anota:

"Inglaterra, saturada desde la infancia en el Viejo Testamento, es sionista y aceptó a Disraeli como primer ministro (en los días en que los ministros eran grandes hombres), lo mismo que se apresuró a aceptar a Rothschild como banquero. Se han hecho tentativas de introducir en Londres el antisemitismo, como una afectación literaria de escritores católicos, que estando en un país protestante se sienten obligados a ser más católicos que el Papa. Y, tienen en G. K. Chesterton, reciente converso

al catolicismo, de un fanatismo embarazoso, un exponente de una fuerza literaria de primera magnitud e indiscutible honestidad. Pero cuando Mr. Chesterton fué a Jerusalén para maldecir el sionismo, el libro que escribió con ese asunto pudo haber sido escrito por el profeta Nehemías y reveló indirectamente que su autor era mucho más sionista que ningún judío a quien yo haya hablado sobre este tema".

He copiado de intento todo esta larga explicación de Bernardo Shaw, porque hay todavía quien cree entre nosotros que el genial humorista irlandés es israelita y que su colega Israel Zángwill, fué irlandés.

Pero Bernard Shaw termina justamente su interesante postcriptum diciendo que no obstante ser sus traductores más famosos de origen judío y él reconocido como simpatizante, y siempre solicitado para dar conferencias y escribir artículos para sociedades y diarios judíos, "rechaza la imputación de pro-judío, con la misma energía que rechaza la de antisemita". Y el grande humorista, que pretende ser tan popular entre los judíos como entre los cristianos, tiene sobrada razón.

Samuel Glusberg

El canto de la duda

= *Envío del autor* =

Y todo esto,
¿será cierto?
Este vivir estúpido, sin objeto;
lo fijo, el movimiento,
lo curvo, lo recto,
lo absurdo, lo estupendo...
¿Qué es todo esto?

¿Estoy despierto?
¿Duermo?
¿Estoy vivo? ¿Estoy muerto?
¿Existe lo que veo?
¿Ha existido el pretérito?
¿Existe el presente? ¿Existirá lo venidero?

¿Estoy loco? ¿Estoy cuerdo?
Mi aposento,
¿será acaso la celda de un manicomio tétrico?
¿Será una gran mentira lo que parece cierto?
Lo que parece positivo, ¿no será sueño?
¿Quién puede distinguir lo real de lo quimérico?
¿Quién afirma lo perecedero?
¿Quién lo eterno?
¿Quién califica lo feo?
¿Quién lo perfecto?

Vida... Locura... Sueño...
Muerte... Tumba... Misterio...
¿Dónde se unen estos cabos sueltos?
¿Dónde estuvieron unidos primero?

Lo malo... Lo bueno...
Lo horrible... Lo bello...
Lo grande... Lo pequeño...
¿Y la unidad en lo eterno?

Amar. Sufrir. Luchar. «Triunfar»... ¡Y en el extremo
la Muerte, el polvo trémulo!
¿Cuál es el objeto
de todo esto?
¿En dónde está el premio
de todo esfuerzo?
¿Quién puede comprobar el cielo?
¿Quién el infierno?

¿Seremos solamente sombras que nos movemos
para desaparecer en el silencio?
¿No seremos acaso personajes de un cuento?

No hay conciencia de nada. Loco y cuerdo,
ambos tienen razón en sus conceptos.
El *vivo, pues que pienso,*
es un absurdo, puesto
que el pensamiento
bien puede continuar, conexo o inconexo,
en el sér muerto,
como una pesadilla, o como un sueño,
cuando se pudre y se desintegra el cerebro.
Y, al meditar en esto,
se plantea de nuevo
el problema negro:
¿Estoy dormido? ¿Estoy despierto?
¿Estoy loco? ¿Estoy cuerdo?
¿Estoy vivo? ¿Estoy muerto?
¿Existe lo que veo?
¿Qué es todo esto?

Así me martirizo. Así me desespero.
En esta eterna duda me consumo los sesos.
La vi enferma, la vi muerta, y no me convenzo.
No puede ser. Es una niebla mi pensamiento.
Mi existencia, si cierta, es un caos horrendo.

No obstante, es un consuelo
pensar que todo puede ser, menos
que Ella ha muerto;
sentirla siempre muy adentro
del pecho;
no tener conciencia de lo absurdo ni de lo cierto
y caminar como sonámbulo en el tiempo.
¡Y esperar, en este titubeo
de si estoy dormido o despierto,
loco o cuerdo,
vivo o muerto,
el gran momento
de despertar y verla de pie junto a mi lecho,
o abriendo la reja del manicomio tétrico,
o cerrando por siempre mis ojos con un beso!

La única realidad quizá sea el ensueño.

Adolfo Ortega Díaz

Febrero de 1931.

La prisión de Haya de la Torre

La noticia de que Raúl Haya de la Torre ha caído en poder de Sánchez Cerro es dolorosa para toda la juventud latinoamericana. El jefe tesonero del aprismo no es únicamente el caudillo intelectual de unas masas peruanas movilizadas en una campaña política que representa el esfuerzo social-revolucionario mejor organizado, más homogéneo, más típicamente americano del continente. Haya de la Torre es ante todo una figura de la juventud de la raza. Su pasión, su gran pasión desazonada y pensativa, no empezó propiamente con simples perspectivas nacionales. Su vida no era, en los días semiestudiantiles, de la fundación del Apra, una vida de político y de pensador para el Perú. La quería para nuestra América, la disparaba sobre el problema continental de los jóvenes pueblos de extracción latina, encargados de crear una etapa nueva en la civilización de la humanidad.

La pista no estaba solamente en la Universidad de San Marcos. Haya de la Torre dilataba los horizontes de su idea y de su acción sobre un panorama internacional. En el desarrollo impetuoso de ese programa, saltó las fronteras de la tierra nativa y fué de ardiente caminante predicador visitando las juventudes de Latinoamérica, invitándolas a la revolución. Una revolución para esta América incipiente, feudalista, preindustrial, apenas desflorada por la cultura europea. La idea no tenía entonces los duros fundamentos marxistas que hoy hacen la osatura del aprismo; pero era una fuerza nítida revolucionaria, que agarraba rápidamente en el sentimiento de las nuevas generaciones hispanoamericanas. Apristas ha habido desde hace ocho, desde hace diez años, en todos los países. Hasta en la Colombia conservadora, la de los 45 años de dominio azul-viejo, clerical y latifundista.

Haya de la Torre es por eso hombre americano. Cuando el puño de un soldado audaz lo atrapa para juzgarlo, en la esperanza inútil de reprimirlo, de anularlo, no es el director de un partido nacional quien entra en la cárcel, amenazado por una justicia deliberadamente hostil. Es una figura del inmediato porvenir latinoamericano. En eso consiste la emoción internacional de la noticia, y eso es lo que permite la esperanza de que su enemigo no se atreverá brutalmente contra él.

(El Tiempo Bogotá)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Martí y nuestros niños

= De *Cervantes*. La Habana =

"Todo lo de Martí está por hacer: su monumento, la edición de sus obras, su biografía... Pero todo ha de ir haciéndose, porque ya hemos rebasado aquel largo período de la voz engolada y del lugar común, y se siente como un deseo de conocerlo en cada detalle, y hasta de vengarlo un poco de tanto arañazo diario. Por la puerta más grande de América ha de entrar Martí, por derecho propio de pensador y de hombre puro.

"¿Pero habrá nada más urgente que llevar a Martí hasta el niño cubano, y llevarlo en lo que fué su esencia cuando se puso a hablar con los niños como un amigo? De padre fué siempre su palabra cuando hablaba, porque llevaba en sí la pena de todos; de padre y de maestro.

"Para el niño de América escribió Martí **La Edad de Oro**, y el niño cubano no conoce aquellas páginas en que derramó tanta ternura y tanto espíritu, con palabras que pudieran llegar al alma del niño. Lección de dignidad y de amor y de belleza son esas páginas de **La Edad de Oro**; la misma enseñanza que había prodigado a los hombres, la dijo en el tono en que los niños pueden comprender, que es cuando hiere su imaginación y conmueve su sensibilidad.

"¿Pudo pensar Martí que el niño cubano no conociera lo que él había escrito para el niño de América, cuando ya pudiera pensar, y hablar, y ser honrado? La sombra de muchas ingratitudes pasó más de una vez por su pensamiento: pensó que hasta le harían morder el polvo los mismos a quienes ayudaba a libertar, pensó que otros vendrían después a la gloria como él y los hombres que le ayudaron habían ido a la lucha y al sacrificio. Pero quizá sí acarició la idea de que alguna vez sus pequeños compatriotas aprenderían a quererlo a través de las páginas que él había escrito pensando en ellos.

"La verdad es otra: **La Edad de Oro** es un libro raro que los niños no conocen, del que seguramente no han oído hablar. Y debiera ser la lectura de cada día, en nuestras Escuelas Públicas, porque sería el más puro homenaje que se le haría a Martí (¿qué significan esas perpetuas ofrendas florales de niños que sólo tienen una vaga idea de lo que fué, y a los que se les carga con un fetichismo más?), y la mejor iniciación en lo que éramos, en lo que somos, y en lo que debiéramos ser".

Hace dos años que escribimos eso, en las páginas de "1929", nuestra revista de avance. Pero **La Edad de Oro** seguía siendo desconocida para los niños cubanos. Algunos padres irían preguntando por las páginas que Martí escribió para los niños de América—páginas que, en efecto, son lectura escolar en algún país americano—pensando que su hijo, cubano, aún no las había leído. Pero ¿dónde hallar aquella edición de gran formato, calcada en los cuatro números originales que en 1889 salieron de una imprenta en New York, todos escritos por Martí? Aquellos números originales sirvieron para la impresión en buen papel, con finos grabados y claros tipos, que un buen amigo y discípulo de Martí hizo en Roma, en 1905. Ni en las bibliotecas públicas se encuentran hoy ejemplares de aquellos números primeros. Por eso hizo el mejor servicio, reproduciéndolos con todos sus detalles. Si él no lo hubiera hecho ¿podríamos creer que **La Edad de Oro** se conociera hoy? Y esa otra edición de más modesta apariencia, que un gran amigo costarricense hizo circular por América, no anduvo tampoco por las librerías, o pasó desapercibida, o llegó en un momento en que sólo unos pocos pusieron en ella la atención.



José Martí

A Emilio Roig de Leuchsenring le debemos esta edición que ahora saca de sus prensas "Cultural", acogiendo con interés y eficacia el empeño. **La Edad de Oro** va a los niños cubanos, en pulcra reproducción de la edición primera, pero en circunstancias que hacen posible su divulgación. Ya no será **La Edad de Oro** el libro raro del que hay que prescindir. Ya se está en camino de que las escuelas lo tengan a su alcance, y cada día pueda leerse alguna de sus páginas, y el niño lo halle como su libro de aprendizaje de hombre.

Emilio Roig—gran dedicado a Martí—ha reunido sus ideas, y las ideas de Martí sobre los niños, y ha ido destacándolas en un prólogo que tiene una definida intención: indicarle al niño que Martí quería hacer valer en ellos su capacidad de ser hombres. ¡Difícil aprendizaje! Martí no se propone hacer unas páginas con narraciones más o menos fantásticas, que entretengan al niño; lo que se propone es que el niño conciba que lleva en sí algo más que una curiosidad necesitada de satisfacerse. Que conciba que existen deberes, que sólo cumpliéndolos se es un hombre honrado. El concepto del hombre honrado que Martí sustenta en **La Edad de Oro** ameritará alguna vez que se medite, como hay que meditar muchos otros conceptos suyos. Lo triste será llegar a concluir que hay épocas en que el hombre absolutamente honrado no existe, o está tan escondido o invisible, que nos vamos a cansar de buscarlo.

Si a Martí de los hombres le importaba el respeto, de los niños lo que le importaba era saberlos sus amigos, y que esta amistad los hiciera mejores. Quien ya se sintió amigo de los niños, y los atrajo junto a sí como padrazo, estaba en camino de la pureza. No tuvo tiempo de vislumbrar cosechas: sembró con raíces profundas, a lo largo del viaje traginoso y feliz, los retoños mejores de su propia granazón. Empezó como despidiéndose: lo que quería era que el niño de América que alguna vez lo encontrara por el mundo, le apretara la mano, como a un amigo viejo, y dijera donde todo el mundo pudiera oirlo: "¡Este hombre de **La Edad de Oro** fué mi amigo!".

Tuvo vocación de maestro, que es tener vocación de niño. Es curioso que no encontremos en su vida la huella del niño real, y en cambio hallemos en él hasta el último momento, el niño perenne. Con Martí nos enfrentamos con el niño hecho hombre desde la primera edad. Después, ya de grande, el hombre ha de llevar dentro el niño que acaso no pudo ser.

Por los niños trabajó, mucho antes de que lo dijera en estos mismos escritos de **La Edad de Oro**. Los niños están con sorprendente frecuencia en las mejores anécdotas de su vida. A niños y a hombres gustó de enseñar: enseñar fué su gran pasión. Lo que muchos hombres no saben, y muchos niños van a saber ahora, es que un gran número de esos pensamiento rotundos y brillantes, que los periódicos ponen con letras grandes a la menor oportunidad, los vamos a encontrar en los escritos de este libro escrito por un maestro y poeta "como todavía la niñez de América no ha visto nacer otro".

Félix Lizaso.

Imprenta LA TRIBUNA